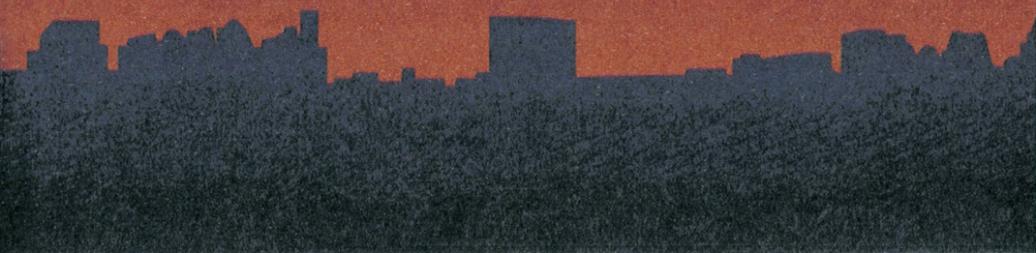


# DETECTIVES EN LAMAS





# DETECTIVES EN *LaMas*

**Mauricio Paredes**

Ilustrado por

**Mauro Rodriguez**



**Quinta Compañía**  
**Bomba "Arturo Prat"**  
Trabajo y Disciplina



Dedicado, con admiración y agradecimiento,  
a los bomberos de Chile, en especial a los de la  
Quinta Compañía de Bomberos de Santiago,  
Bomba "Arturo Prat".



*Querido lector:*

*Desde niño soñaba con hacer una novela de detectives. Espero que la disfrutes tanto como yo cuando la escribí. Si encuentras alguna palabra que no conoces, hay un glosario que te puede ayudar.*

*Un abrazo de tu amigo escritor,  
Mauricio*

Compte rendu

Le présent rapport a été rédigé par le service de  
la Direction des Services de Santé Publique  
de la Région de Bruxelles-Capitale. Il a pour  
objet de donner un aperçu de la situation  
actuelle de la région en matière de  
santé publique et de proposer des  
mesures d'amélioration.

Le directeur de la Région de Bruxelles-Capitale  
M. le Gouverneur



# 1

—**¡FUEGO, FUEGO!** —gritó una mujer con voz temblorosa por la ventana de su departamento, pero Ismael y Delfina Urrutia estaban escuchando música fuerte, así que no alcanzaron a oirla.

Los hermanos Urrutia Lumbrera estaban en la cocina preparando el té y su plan para la tarde era decidir el futuro de su agencia de detectives. Ya tenían listas las credenciales de investigadores privados. El problema es que no tenían ningún misterio que investigar.

—Delfi, creo que se te están quemando las tostadas —dijo Isma mientras molía la palta con un tenedor.

—No se están quemando, las tengo frente a mis ojos —dijo ella, pero luego se quedó en silencio y levantó la nariz como un sabueso para olfatear el aire—. Es verdad, hay olor a quemado —Entonces frunció el ceño—. ¿Qué es ese ruido? Ismael, baja el volumen del parlante.

Su hermano así lo hizo y ahora sí escucharon:

—¡Fuego, fuego!

—¡Es la voz de doña Efluvia! —exclamó él.

—¡Corre, corre, hay que rescatarla! —ordenó ella.

Salieron cuan rápido podían al pasillo del edificio.

—Por el ascensor no —dijo Isma—, recuerda que en caso de emergencia de incendio o temblor hay que usar las...

—¡Escaleras, ya lo sé! —completó Delfi.

Subieron saltando los escalones de dos en dos hasta llegar al piso de doña Efluvia con la lengua afuera. La puerta estaba abierta, así que entraron corriendo y encontraron a la anciana frente al armario de su dormitorio, tratando de apagar el fuego con un jarro de agua y una manta.

—¡Ayúdenme, niños! ¡Mi ropa, mi cofre de los recuerdos! —rogó su querida vecina.

—¡Hay que avisarle a los bomberos! —exclamó Delfi.

—¡Mi hijo que se llama Ruperto es bombero! ¡Y hoy está de cumpleaños!

—Sí, lo sabemos, doña Efluvia, además que es el único hijo que tiene... y no sé qué tiene que ver que esté de cumpleaños. ¡Pero hay que llamarlo ahora, ya!

—Acuérdate, mijita, que acá no hay teléfono ni tampoco tengo de esos chiquititos que se llevan a todos lados.

Delfina se tapó los ojos con la palma de la mano y resopló de frustración.

Entonces Isma intervino y preguntó:

—¿Doña Efluvia, usted no tiene un extintor?

—Quería acordarme de comprar uno, pero después se me olvidó de qué me tenía que acordar. Por favor no le cuenten a Rupertito porque me va a retar —respondió la viejecita.

—Tranquila, traemos el nuestro —dijo el niño, intentando sonreír.

—Y yo llamaré a los bomberos con mi celular —dijo la niña, un poco más serena.

Delfina ya tenía teléfono propio, a Ismael aún le faltaban dos años para que le dieran permiso.

Bajaron por las escaleras y volvieron a subir, pero ahora cargando entre los dos el extintor, a duras penas. Cada vez había más humo.

—Oye, Delfi —dijo Isma jadeando de cansancio—, ¿no habría sido mejor idea subir por el ascensor, ya que el incendio es solo en el ropero de doña Efluvia y no ha llegado hasta el pasillo?

—Venía pensando lo mismo —respondió ella, respirando con dificultad—, pero no sé qué es lo correcto de hacer en estos casos, digamos el protocolo.

Mientras Delfina marcaba el número 132 de los bomberos, Ismael sacó el seguro del extintor, apuntó a la base del fuego y presionó el gatillo.

—¡Pfschhh! —sonó el potente chorro de miles de diminutos copos de polvo blanco.

Isma casi sale disparado hacia atrás, pero logró afirmarse y en pocos segundos el ropero se transformó de un «mini - infierno» a un «mini - país - invernal», como si hubiera nevado.

Corrieron al pasillo para no asfixiarse con el humo y para consolar a doña Efluvia, que lloraba y tosía.

—¿Habrá que llamar a los bomberos para decirles que no vengan? —preguntó Isma.

—No estoy segura —respondió Delfi—. Tal vez ellos de todas formas quieren revisar...

—¡Uiu uiu uiu, tu-rííí tu-rííí tu-rííí! —se escuchó una sirena.

Los tres se asomaron por la ventana y vieron el carro bomba verde y la escalera mecánica estacionarse.

—¡Oh, qué rápido llegaron! —exclamó Ismael.

—Es que la Quinta Compañía de Bomberos de Santiago, Bomba “Arturo Prat” está cerca —le respondió Delfina.

—Y mis bomberos quintinos no pierden ni un segundo —completó, orgullosa, doña Efluvia.

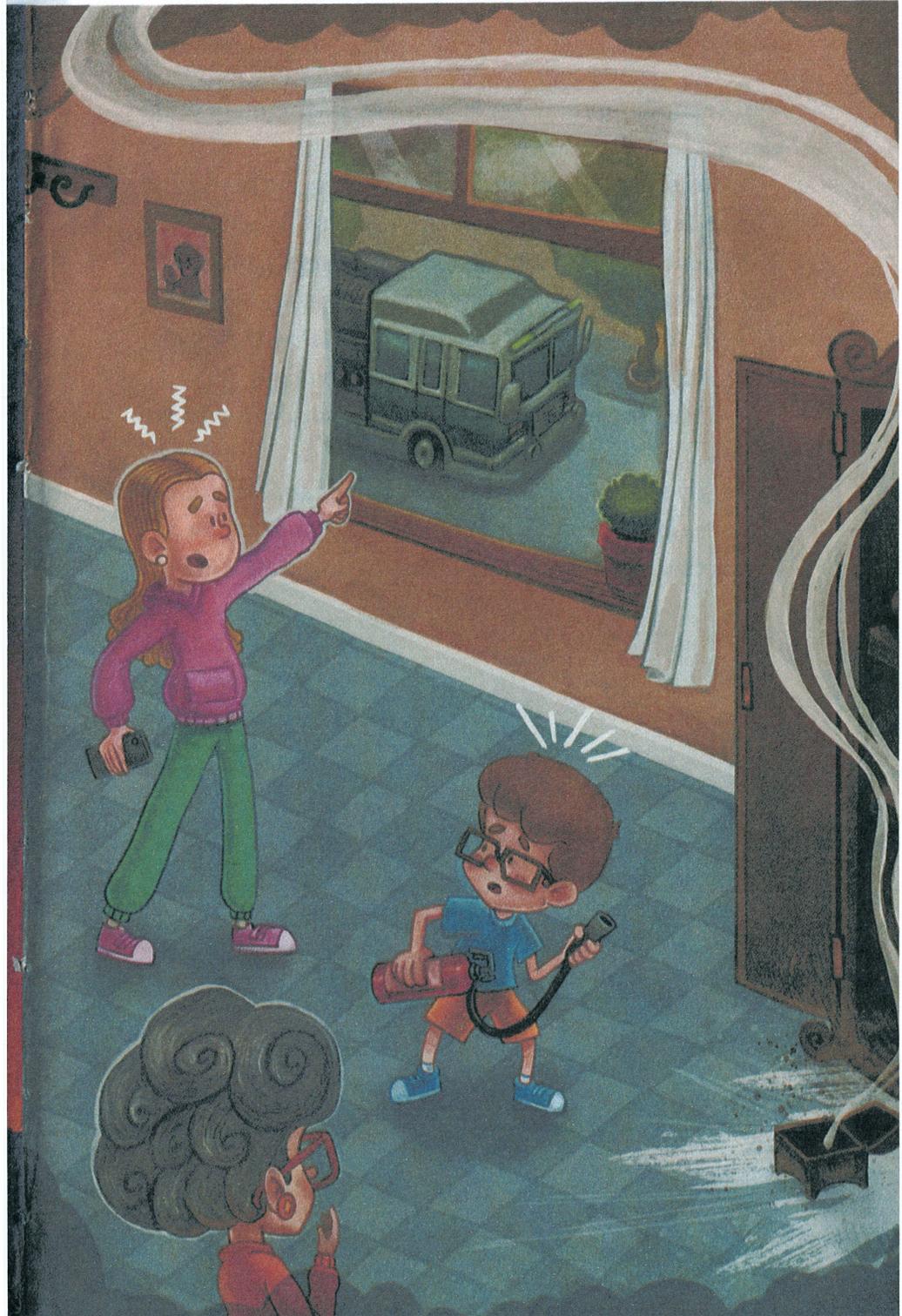
Ruperto era el Capitán de la bomba y era conocido por su alegría, responsabilidad y valor. Visitaba seguido a su madre y a veces pasaba a saludar a los hermanos Urrutia Lumbreira. Era bueno para comer y tenía carácter fuerte, pero también le gustaba reírse y conversar, especialmente sobre historia. Les contaba anécdotas y detalles bomberiles, como acerca del primer carro que no tenía motor, sino que era tirado por el legendario caballo Ping-Pong.

Llegó acompañado, como siempre, de su perro Quintanilla, que era un mestizo rescatado, sumamente inteligente y fiel. Ruperto decía que su raza era «algo» porque tenía «algo de galgo».

—¿Mamá, estás bien?

—¡Feliz cumpleaños, mi Rupertito Máximo! —le dijo y lo abrazó—. Estás tan bonito como siempre, pero lamento decirte que tu regalo se quemó porque lo tenía guardado en el ropero. Mira, ahí está hecho cenizas. Te quiero mucho, hijito lindo.

Ismael miró a su hermana con sorpresa y le susurró:



«¿El segundo nombre de Ruperto es Máximo? No tenía idea».

—Yo también te quiero, mamá, muchas gracias —le dijo y luego respiró hondo por la nariz para tranquilizarse—. Pero cuéntame: ¿sabes cómo empezó el fuego? ¿No habrás dejado secando ropa muy cerca de la estufa otra vez?

—No, mijito, como hoy no hizo tanto frío y sopló vientecito, dejé mis calzones colgados en la ventana.

Delfi e Isma se miraron con un poco de horror y sonrieron.

—¿Y no habrás estado de nuevo alumbrando con velas?

—Eso lo hacía para ahorrar y cuando me sentaba a mirar las cosas de mi cofre de los recuerdos, para tener un



ambiente nostálgico... Pueden ser tonterías, pero para mí son pequeños tesoros que tengo guardados desde cuando vivía en Valparaíso —suspiró—. Pero desde que me reprochaste ya no lo hago más y ahora, con suerte, enciendo velas para tu cumpleaños o para el mío.

Isma se acercó a su hermana para susurrarle:

—Con la cantidad de velas que deben ser, el cumpleaños de doña Efluvia sí que representa un alto riesgo de incendio.

Delfina tuvo que taparse la boca con la mano para no explotar de una carcajada. Se dio media vuelta para que no la descubrieran y fue entonces que vislumbró al perro Quintanilla que husmeaba algo dentro del ropero, que ahora parecía Narnia congelada.

—¡Hay una nota! —gritó.



Y así era. Sobre el famoso cofre de los recuerdos se alcanzaba a entrever la esquina de un papel escrito a máquina con tinta verde.

—¿Pero cómo puede ser que no se haya quemado? — preguntó Ismael.

Ruperto lo sacó con los dedos y lo sacudió para quitarle el polvo del extintor.

—Al parecer está bañado con un líquido ignífugo.

—¿¡Un prófugo!? — chilló doña Efluvia—. ¡Yo sabía que esto era la obra de un delincuente! Si yo todavía no estoy tan mal como para incendiar mi propia casa. ¿Y dónde se bañó ese prófugo, en mi tina? ¡Qué espanto, qué asco!

—No, mamá. Ignífugo quiere decir que es resistente al fuego, incombustible.

—Bueno, entonces diga «resistente al fuego» pues, mijito. No sea tan enredado para hablar y no use palabras que parecen laberinto, jerigonza o galimatías.

—¿Jerigonza? ¿Galimatías? ¿Qué significa eso? ¿Mejor leamos la nota, por favor? —pidió Delfina, un poco exasperada.

Madre e hijo se quedaron callados por un instante y luego fue el Capitán de bomberos quien leyó:

**Por Hammurabi confieso que eché el ojo a los bienes de la dueña de casa. El próximo incendium será magnum, frío y cálido a la vez. No atrapar me será un Craso error.**

**Siniestro Fulgor.**

Los cuatro se quedaron helados de la impresión. Se miraban unos a otros, sin saber qué decir, hasta que, de pronto, Delfi observó que el perro Quintanilla olisqueaba el aire con su aguzada nariz. Al sentir un fuerte olor a humo, los ojos de la niña se abrieron cada vez más y su cara de asombro se convirtió en una de verdadero pánico.

—¡Las tostadas! ¡Se me olvidó apagar la cocina!



## 2

**LAS TOSTADAS** quedaron carbonizadas, pero gracias a Dios no hubo un segundo incendio. Ruperto los reprendió por distraídos, pero fue amable y comprendió la emergencia, aunque dijo: «Así es como parten los incendios, por descuidos de pocos minutos». Los bomberos y la policía revisaron el lugar del atentado, pero la única pista que tenían era la nota. Los vecinos que habían llegado a curiosear regresaron a sus departamentos, pero no sin antes decir: «¡Qué barbaridad!» y reclamar por la falta de seguridad en el edificio. Bastante de la ropa de doña Efluvia quedó inservible, pero ella ya no la usaba hace décadas así que no le importó y además estaba contenta porque su amado cofre de los recuerdos se mantuvo milagrosamente intacto, aunque no quiso mostrarles su contenido porque dijo que «eran cosas de vieja». Los hermanos estaban agitados, agotados y ahumados, pero, en el fondo, felices porque ahora sí tenían un misterio que investigar, ahora su agencia de detectives sí tenía un propósito.

Ya era de noche y comieron todos juntos en el hogar de la familia Urrutia Lumbrera. Doña Efluvia llevó la

pequeña torta que le tenía a su amado hijo.

«Hammurabi» escribió Delfi en su teléfono, moviendo los labios mientras tipeaba, pero sin hacer sonido. Luego dijo en voz alta:

—Hammurabi fue un rey de Babilonia, que ahora es Irak... ¡hace casi cuatro mil años! —exclamó y luego siguió leyendo mientras alternaba con cucharadas de charquicán—: «Sobre todo es conocido por el Código de Hammurabi, que es uno de los primeros conjuntos de leyes de la Historia. Actualmente se conserva en el Museo del Louvre»...

—¡Yo sé dónde queda ese museo, me lo enseñaron en el colegio! —gritó Ismael con la boca llena y salpicó un poco el uniforme de Ruperto con charquicán—. Ups, perdón... Pero yo sé dónde queda. ¡Papá, mamá, necesitamos que nos compren pasajes a París!

Los tiernos padres casi se atoran con una mezcla de incredulidad y risa.

—Qué niño más fresco —comentó doña Efluvia—, pero admiro su entusiasmo.

Delfina levantó la vista por sobre su teléfono y miró a sus papás con una mínima esperanza, pero al ver su expresión, se dio cuenta de que no existía ninguna posibilidad de que las aventuras de su agencia de detectives comenzaran con un viaje a Europa.

—Olvidalo, Isma, no nos quisieron llevar a Valdivia a subirnos al Zarandanza y nos van a mandar a Francia.

—¿Al Zaran-cuánto? —preguntó la vecina intrigada.

—Danza —completó Ismael—. Es un juego de parque

de diversiones de intensidad total. Te subes, te das vueltas, te sacude y te zangolotea. Dicen que en otro país un niño salió volando hasta su casa. Y ahora instalaron uno en Valdivia.

—Ay, qué lindo... O sea, digo, qué horror —comentó la viejecita.

Entonces habló Delfi.

—Está bien, no es necesario ir al Louvre, está disponible en Internet —dijo con resignación y luego leyó—: «Ley 1: Si alguien acusa a otro de un crimen, pero no puede probarlo, será condenado a muerte» —hizo un gesto de sorpresa bajando la pera y abriendo los ojos—. Guau, era bastante estricto el rey Hammurabi.

—Como la ley del talión: ojo por ojo, diente por diente —dijo el bombero mientras devoraba el charquicán, porque atender incendios le daba muchísima hambre.

Luego la niña siguió revisando el código, muy concentrada.

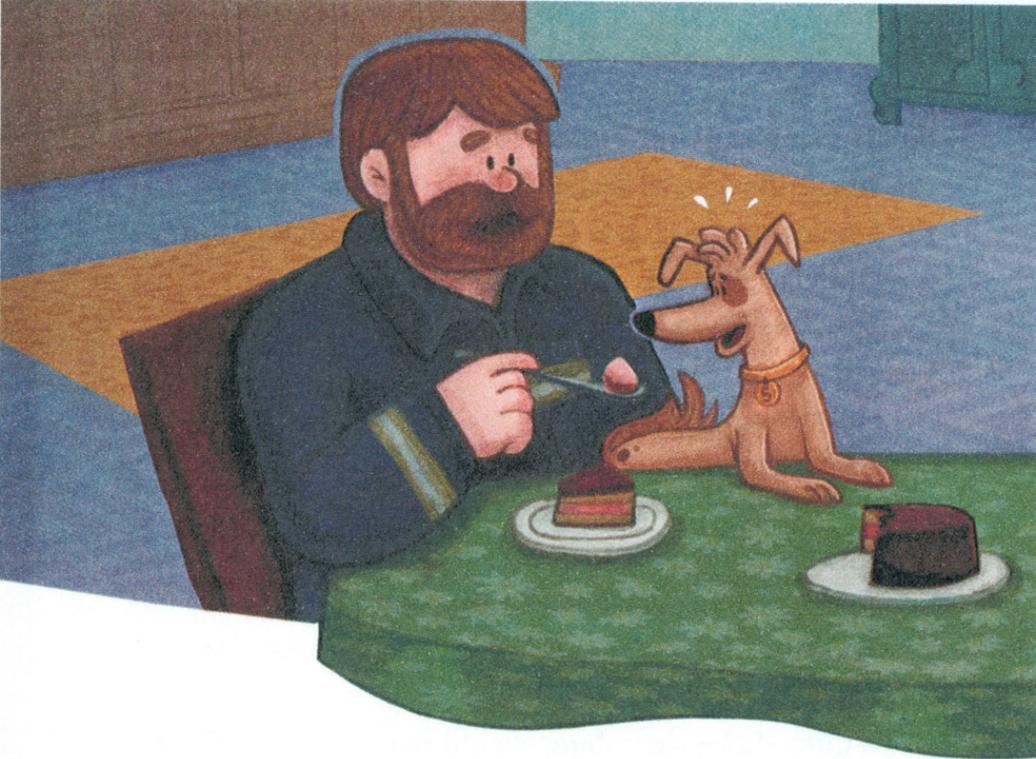
—Eran súper implacables en Babilonia, parece... Si acusaban a alguien de brujería lo tiraban al río, pero si sobrevivía tiraban al río al que lo había acusado...

—Jajaja, ¿en serio? —preguntó Ismael.

—¡En serio! Y escucha estas otras: falso testimonio: pena de muerte, robar cosas del templo: pena de muerte, ayudar a un esclavo a escapar: pena de muerte... ¡Espera, espera, esta, esta! —vociferó tan exaltada que casi se le cae el teléfono encima del plato.

Ismael la miró, entretenido.

—¿No comerse todo el charquicán: pena de muerte?



—¡No, no, es en serio! Escuchen: «Ley 25. Si se produce un incendio en una casa, y alguien que acude a apagarlo echa el ojo a los bienes del dueño de la casa, y se apodera de los bienes del dueño de la casa, será arrojado a ese mismo fuego». ¿Se dan cuenta? Dice «echar el ojo», igual que en la nota y también lo de «los bienes del dueño de casa».

—¿Y eso qué significa?

—Que el incendiario nos está dando pistas. ¡Hay que anotarlas! Ismael, trae la libreta de investigación y toma nota de lo que te vaya diciendo.

—A la orden, su majestad —le respondió su hermano con ironía—. Igual me lo podrías pedir por favor, además que en nuestra agencia no hay una jefa y un empleado, sino que los dos mandamos, ¿cierto?

Delfina se sonrojó.



—Tienes razón, Isma, disculpa, fue el entusiasmo. ¿Puedes tomar notas en la libreta, por favor?

—Claro que sí, Delfi. Mucho mejor. Gracias —le dijo con una sonrisa.

Los niños detectives comenzaron a descifrar el misterio bajo la atenta mirada de los adultos.

—Primero, el culpable escribe su nombre, pero claramente Siniestro Fulgor no debe ser su identidad real, sino que un seudónimo, un alias. Siniestro es una forma de decirle a los incendios, en realidad a cualquier acontecimiento que cause mucho daño —explicó Delfina—. Pero también siniestro significa algo así como malvado, con mala intención.

Ruperto no quiso que le cantaran cumpleaños feliz y ya iba en su segunda porción de torta. Entonces habló con

la intención de hacerse el divertido.

—Y siniestra es la mano izquierda, así que los que escriben con la mano izquierda son de temer.

Delfina lo miró a los ojos.

—Yo soy zurda y todos los días trato de ser una buena persona. ¿Me estás diciendo malvada?

—No, perdona. Mejor me callo —le contestó el Capitán, avergonzado, y luego se echó a la boca otro buen pedazo de torta y le convidó un pedacito a su perro Quintanilla. Sin embargo, mientras masticaba, no pudo evitar murmurar muy suavemente—: Por eso digo que son de temer.

Ismael intervino para aliviar la situación tensa.

—Fulgor también tiene que ver con el fuego —dijo, al mismo tiempo que anotaba—. Es el brillo, el resplandor.

—Otra pista es que la nota está escrita a máquina, no a mano, es decir, el sospechoso la escribió antes de cometer el atentado, como parte de un plan —dijo Delfina.

Entonces Ruperto acotó, ahora muy en serio:

—Eso de apropiarse de las cosas en un incendio es una vergüenza, un deshonor terrible para un bombero. Todos los que somos voluntarios en la labor de atender emergencias seguimos un código de honestidad muy estricto, por algo el lema de la Quinta Compañía de Bomberos de Santiago, Bomba “Arturo Prat” es «Trabajo y Disciplina» —aseveró con voz solemne y los ojos centelleantes. Y luego agregó—: Disciplina en la faena y disciplina moral.

Hubo un momento de respetuoso silencio y luego Isma comentó:

—Sí, por eso también es extraño que «confiese que

echó el ojo», pero en realidad no robó nada. Tal vez es su forma de decir que él no es un delincuente común.

—Y que, en el fondo, quiere que lo atrapemos —agregó Delfi.

Los hermanos se quedaron mirando, asintiendo. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus rostros.

—Estos niños son como unos genios chicos —opinó la anciana vecina—. No se les va una. Y además hablan como adultos, parecen diccionarios con patitas.

—El papel estaba justo sobre el cofre, pero tenía la protección ignífuga —reflexionó Ismael—, es decir, es probable que el plan de Siniestro Fulgor haya sido destruir los contenidos de la caja, pero que la nota quedara intacta para que la leyéramos.

—Para que la leyera yo —señaló doña Efluvia con voz tenue y, repentinamente, su rostro se puso sombrío—. Capaz que me haya espiado en mis momentos privados de nostalgia, quizás cuántas veces.

La niña le tomó la mano.

—Tranquila, doña Efluvia, de alguna forma lo vamos a capturar.

—Eso me temo —le respondió con la mirada perdida en la ventana.

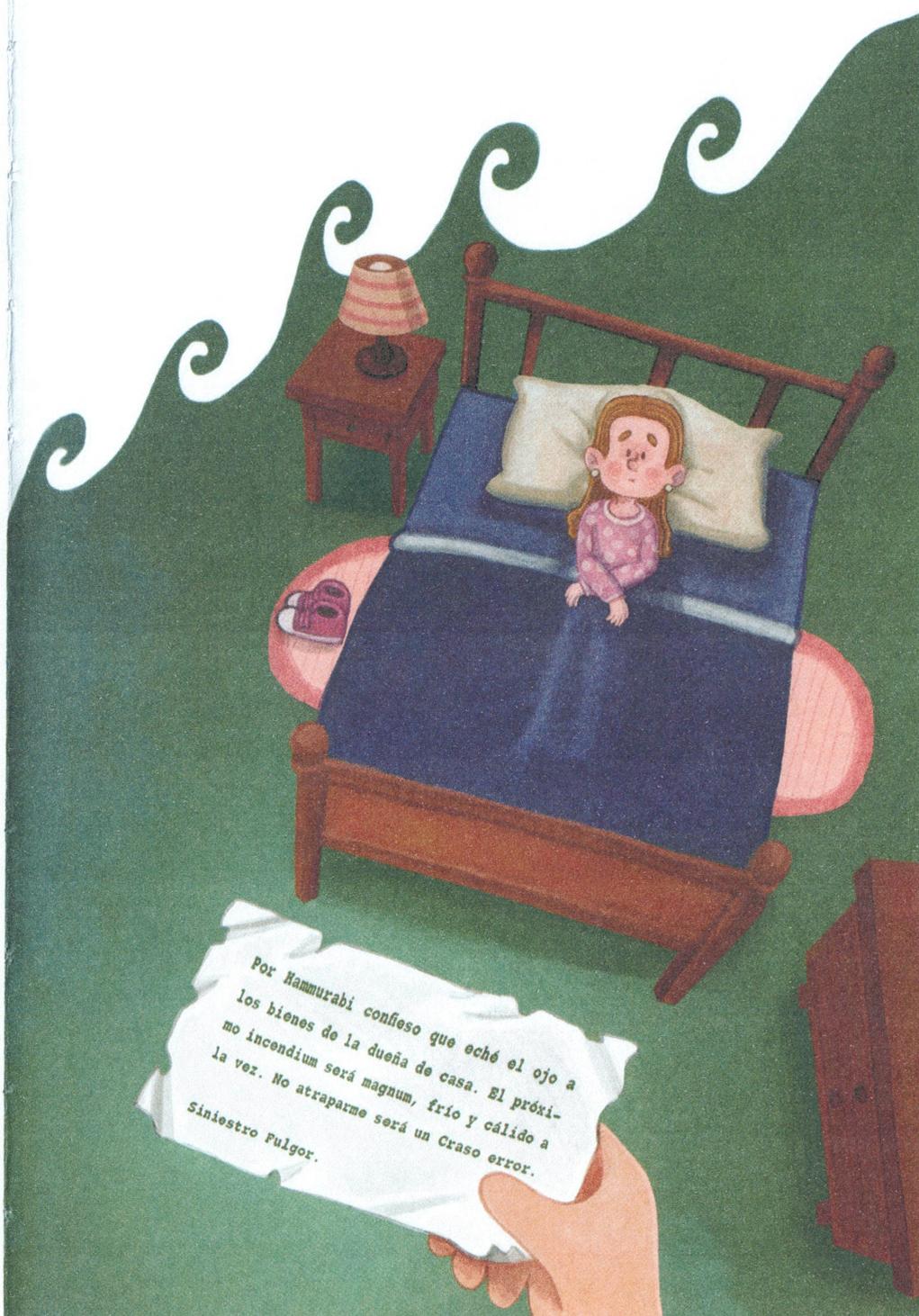
Los demás se quedaron callados y un extraño sentimiento gélido recorrió sus cuerpos, pero nadie se atrevió a preguntarle a la vecina por qué había dicho eso.

Los niños tuvieron que ir a acostarse, pero sus cerebros estaban sumamente acelerados y no podían parar de pensar en la segunda parte del mensaje y sus pistas.

Mencionaba un siguiente ataque, pero ¿por qué decía «*incendium magnum*» y no «incendio magno»? *Magno* significa grandioso, extraordinario... lo cual era una amenaza tremenda sobre una catástrofe que ellos debían evitar a toda costa. ¿Y por qué cálido y frío? ¿Era por fuego y hielo? ¿Dónde se encuentran esas dos cosas al mismo tiempo? Y la frase final era una advertencia, pero también parecía una burla: «No atraparme será un Craso error». ¿Estaba el malhechor jugando con ellos?

Siguieron susurrando sus pensamientos hasta que los venció el sueño, pero se quedaron dormidos totalmente decididos a poner en marcha su agencia de detectives, resolver el misterio y atrapar a Siniestro Fulgor.





Por Hammurabi confieso que eché el ojo a los bienes de la dueña de casa. El próximo incendio será magnum, frío y cálido a la vez. No atraparme será un Craso error. Siniestro Fulgor.



### 3

**LA MAMÁ** de Delfina e Ismael se levantaba muy temprano para ir a trabajar y solo alcanzaba a darles un beso para despertarlos. El papá les hizo huevos revueltos al desayuno. Siempre que ocurría alguna situación complicada, de susto o de pena, él preparaba algo especial para levantar los ánimos.

—Escucha, Isma —dijo Delfi leyendo su teléfono—. Están Alejandro Magno y Carlomagno, los dos son «magno», pero Alejandro era griego, entonces no me cuadra con lo de «*incendium magnum*» que es en latín. Carlomagno, en cambio, fue el primer emperador del Sacro Imperio Romano Germánico en el año 800 después de Cristo. ¿Ves? Romano... y en esa época hablaban en latín en Roma.

—Y aquí está «craso» en el diccionario —siguió su hermano acomodándose los anteojos y medio encaramado sobre el libro, pero teniendo cuidado de no mancharlo con huevo—. Significa grande, grueso, gordo, un error que no se puede disculpar... y viene del latín *crassus* —volvió a sentarse y se recostó sobre el respaldo de

la silla para reflexionar—. Entonces hasta ahí todo bien, con eso ya sabemos que la segunda parte de la nota tiene que ver con Roma, pero hay un detalle: ¿por qué Siniestro, o como se llame en realidad, escribió «Craso» con mayúscula? Se nota que pensó muy bien el mensaje y que es un criminal muy meticuloso... Debe ser por alguna razón. Delfi, ¿puedes buscar «Craso» en Internet, por favor?

—Claro —le respondió su hermana. Cuando leyó los resultados su cara tomó una expresión de asombro—. ¡Escucha, Isma! «Marco Licinio Craso fue un general y político romano».

—Todo tiene que ver con Roma... —meditó Ismael.

—Y no solo con Roma, aquí viene lo mejor... o lo peor. Te leo: «El primer cuerpo de bomberos romano fue creado por Marco Licinio Craso. Aprovechando que Roma no tenía, creó su propia brigada, compuesta por quinientos esclavos, que acudían al primer grito de alarma. Sin embargo, al llegar al lugar, aquellos bomberos no hacían nada mientras Craso ofrecía comprar el edificio en llamas al propietario en apuros, a un precio miserable. Si el dueño accedía a vender la propiedad, sus hombres apagarían el fuego, pero, si se negaba, simplemente dejarían que la estructura ardiera hasta los cimientos».

El niño se levantó de un salto y por accidente le pegó una patada a la mesa, con lo cual la paila de huevos salió volando por los cielos y su contenido quedó repartido en el mantel, el diccionario, su uniforme de colegio y los alrededores.

—¡Perdón, papá! —suplicó Ismael—. ¡Delfi, toda la carta tiene que ver con los bomberos! ¡Yo limpio, papá, te lo prometo! ¡Lo de Hammurabi y lo de Craso! ¡Va a quedar todo impecable, papá, en serio!

—Así es —expresó Delfina, tratando de concentrar su mente al máximo y también sacándose el huevo del pelo—. Roma... los bomberos... ¿Qué más tienen en común? Piensa, Delfi, piensa —se dijo a sí misma.

—¿Algún incendio famoso en Roma? —preguntó Isma de rodillas, limpiando el suelo con un trapo.

—Eso —respondió ella y anotó en su teléfono «Incendio Roma». Al ir leyendo la información comenzó a negar con la cabeza y su respiración se agitó—. No lo puedo creer, estaba justo frente a nuestros ojos y no nos dimos cuenta. No lo puedo creer, Isma.

—¿¡Qué es, qué es!?! —imploró su hermano acercándose gateando a toda velocidad.

—¡Ding dong! —sonó el timbre del departamento, pero ambos detectives infantiles lo ignoraron.

Delfina leyó:

—«El Gran incendio de Roma, en latín: *Incendium magnum Romae*, ocurrió en el año 64 después de Cristo y sus llamas destruyeron probablemente dos tercios de la ciudad».

—*Incendium magnum*. Ahí estaba lo «magno»; no era Alejandro Magno ni tampoco Carlomagno —murmuró Ismael, aún de rodillas, pero ahora afirmado en el hombro de Delfina para leer en silencio lo que su hermana iba leyendo en voz alta.

Ella continuó:

—«La leyenda cuenta que, mientras la capital ardía, el emperador Nerón tocaba la lira».

—¿La lira?

—Es como un arpa chica.

—Okey.

—«La historia dice que el emperador dirigió a los *Vigiles Urbani*, «Vigilantes urbanos»...

—¿*Vigiles*?

—Eran como los bomberos de la época, pero que también eran como policías.

—Okey.

—«Existía el rumor de que el propio Nerón ordenó a los *Vigiles* que iniciaran el fuego o al menos permitieran que se propagara».

—¡Pero qué malévolo! Más malo que ese Craso que dejaba que se quemaran las casas si no le pagaban. Aunque Craso tenía bomberos esclavos.

—Los *Vigiles* también eran esclavos —indicó Delfi.

—Ups, okey. Entonces Nerón gana el concurso de maldad —comentó Isma— A mí me gusta que en Chile los bomberos sean voluntarios... Además que su servicio es gratuito.

—¡Ding dong! ¡Ding dong!

Como los niños investigadores no respondieron, su abnegado padre fue a ver quién llamaba a la puerta con tanta insistencia.

Delfina siguió con el relato del Gran incendio de Roma.

—«Las sospechas de un incendio intencional toman fuerza ya que, más tarde, el emperador construyó su



palacio justamente en un terreno que había sido arrasado. Esta enorme y lujosa residencia fue un símbolo de la soberbia de Nerón, quien la llamó *Domus Aurea*».

—¡Ah, ustedes también se enteraron! ¡En verdad que son unos críos superdotados, lo saben todo! —exclamó su

anciana vecina, que venía entrando al departamento de los Urrutia Lumbrera todo lo apurada y atolondrada que podía—. Yo lo estaba viendo en la tele y escuchando en la radio a pilas. Miren, aquí la traigo —dijo mostrando el anticuado artefacto que transmitía las noticias.

—¿Que nos enteramos de qué? —preguntó Ismael, confundido—. ¿De qué está hablando, doña Efluvia?

—De la heladería que explotó en Valparaíso —le respondió y se sentó o, mejor dicho, se desmoronó sobre la silla al lado de Delfina—. ¡Qué cosa tan terrible! Y pensar que yo iba a tomar granizados ahí mismo con mi difunto marido cuando vivía allá.

—¿Iba a tomar helado con un difunto? —murmuró Isma, pero nadie lo alcanzó a oír.

—Perdón, doña Efluvia, pero en verdad no entendemos a qué se refiere —le dijo Delfi.

La veterana frunció el ceño y echó la espalda hacia atrás.

—¿Pero cómo que no entiende, mijita? Si usted misma lo acaba de decir. Parece que, al final, no son tan brillantes como yo creía. ¡Ay, qué tragedia tan grande, Dios mío, tantos recuerdos destruidos!

—¿Yo dije qué?

—¡El nombre de la heladería, pues niña! La Gelateria Domus Aurea, ahí cerquita del Parque Italia, donde don Florentino servía los famosos y auténticos helados de oro.

Los hermanos Urrutia Lumbrera se miraron entre ellos y casi se desmayan de la impresión.

—Do... —dijo Isma.

—mus... —agregó Delfi.

—Au... —siguió Isma.

—rea —completó Delfi.

—Disculpe, señor Urrutia —comentó la vecina—, pero qué hijos más raros tiene usted. Aunque es cierto que dicen que los grandes genios son medio excéntricos... o al menos bastante especiales.

El padre sonrió, se encogió de hombros y siguió lavando los platos.

—Por eso el mensaje decía que el incendio iba a ser cálido y frío: ¡fuego y helados! —observó Ismael.

Delfina estaba como en una especie de trance, con la mirada perdida en el infinito.

—Babilonia... Bomberos... Robar desde un incendio... Deshonor... Roma... Bomberos... Craso... Aprovecharse de los damnificados... Deshonor... Nerón... Incendio intencional... Bomberos... Deshonor... Bomberos...

—Uy, a esta niñita se le arrancaron las cabras para el monte. Parece disco rayado. Está hablando como mi radio a pilas cuando está mal sintonizada.

En ese instante Delfi regresó desde el mundo mental paralelo adonde se había ido. Fue como si hubiera estado hipnotizada y la hubieran despertado con un «Un, dos y tres» y un chasquido de dedos. Parpadeó varias veces, reaccionó y se puso de pie de un salto.

—¡Tenemos que ir a Valparaíso ahora mismo! —exclamó.

—¡Sí! —respondió Isma—. ¡Siniestro Fulgor debe haber dejado más pistas!

—¡Y esta vez sí alcanzaremos a descifrarlas antes del próximo atentado! —proclamó Delfi.

—¡Y vamos a comer auténticos helados de oro! ¡Ay, no, verdad que se derritieron! — exclamó doña Efluvia.

Ante tal entusiasmo desbordante por el supuesto viaje a la Quinta Región, su sensato padre tuvo que oponerse rotundamente, ya que sus púberes hijos tenían la obligación de asistir al colegio para aprender, formarse y llegar a ser tan sensatos como él.

Los niños le dijeron: «¡Pero, papá!» varias veces, luego: «¡Hay cosas más importantes que el colegio!» otras tantas veces más y finalmente: «¡Ni siquiera nos llevaron a Valdivia al Zarandanza!», pero no hubo caso.

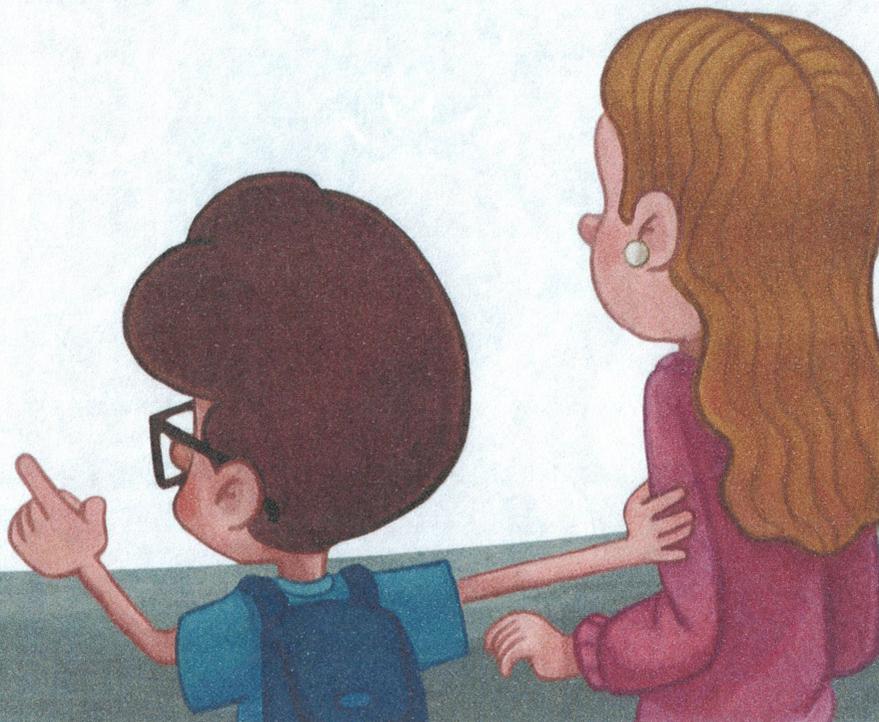
Muy desilusionados, los jóvenes detectives se despidieron de la anciana aspirante a ser la tercera integrante de la agencia, luego fueron al baño a lavarse los dientes con desgano,



se despidieron de su juicioso papá con un beso y bajaron por el ascensor para caminar rumbo al colegio como niños buenos, pero desmotivados.

Cuán grande fue su sorpresa al ver que en la vereda estaba doña Efluvia con abrigo, cartera, sombrero y anteojos de sol. Los estaba esperando y había aprovechado de limarse las uñas.

—¿Y? —les dijo con una sonrisa pícar—. ¿Se van a dar por vencidos tan fácilmente? Además que el aire marino me hace muy bien para los huesos. Miren, traje la chauchera y está bien llena, así que nos alcanza para los pasajes, resolvemos el misterio, le damos nuestras condolencias a don Florentino y podemos pasar a tomar algún heladito por ahí, aunque no sea de oro auténtico —terminó de hablar y les guiñó el ojo.





## 4

**METRO LA MONEDA:** pasar por el torniquete, y a doña Efluvia le abrieron una puertita especial por pertenecer a la tercera, cuarta o quinta edad. Metro Universidad de Santiago y luego Terminal Santiago: comprar pasajes, comprar tres palmeras para el viaje, dos jugos de naranja en botella y un agua mineral «con una tracalada de gas» como le gustaba pedir a la vecina. Bus a Viña del Mar: comerse las palmeras, dejar lleno de migas de palmera el suelo y pedir disculpas, respetar el sueño de su amiga anciana a pesar de sus ronquidos, aguantarse la risa cuando la «tracalada de gas» le hizo efecto mientras dormía. Metrotren desde Viña hasta la Estación Francia en Valparaíso: ¡mirar el mar! Pero también ver la gran columna de humo que aún se levantaba. Caminata hasta el Parque Italia: refregarse los ojos y toser un poco y doña Efluvia con tanta curiosidad que, en vez de irse lentamente como la ancianita que era, se fue casi trotando como atleta de las Olimpiadas Senior.

—Miren, ahí está la Luperca, la loba capitolina —dijo Ismael indicando la estatua que estaba sobre una columna

en el parque—. Bueno, esta es una copia, la original está en Italia. Lo aprendí de mi libro de mitos. Y miren también, esos niños que se ven en la parte de abajo son los hermanos Rómulo y Remo. La leyenda dice que un rey los trató de matar cuando eran guaguas, ahogándolos en un río, pero se salvaron de milagro. Entonces la loba Luperca los encontró, los amamantó y los cuidó.

—Tan sabiendo que es usted, mijito lindo —dijo la vecina—. Da gusto escucharlo. Aunque esta historia que está contando ahora es bien atroz.

—Cuando crecieron, Rómulo mató a su hermano Remo y fundó Roma.

—¡Ave María Purísima, qué horror de familia! —exclamó doña Efluvia con la voz temblorosa.

Ismael sonrió, pensando que era otra exageración de la señora, pero luego la miró de reojo y notó que estaba genuinamente afectada.

—Disculpe, doña Efluvia, es solo un mito... y la mitología está llena de tragedias familiares.

—No se preocupe, mi niño, son cosas de vieja —le respondió ella.

—¿Vamos a ver cómo quedó Domus Aurea? —intervino Delfina—. Miren, todavía están los bomberos. ¿Y ese señor que está de rodillas con los brazos en alto? ¿Acaso no será...?

—¡Don Florentino Fugazi! —chilló la anciana y corrió hacia el lugar como una adolescente.

Al verla venir, el dueño de la heladería se puso de pie, pero siguió con los brazos abiertos hacia el cielo.

—*Mamma mia, signorina Efluvia!* —le dijo con lágrimas en los ojos y la abrazó—. Qué gusto de verla, pero mire qué desastre. ¡La mía gelateria hizo kabum! —hizo una pausa dramática—. ¡*Kabum!* —otra pausa y luego miró a los niños—. ¿Y estos *bambini* son sus nietecitos?

—Son mis vecinitos, pero es como si fueran nietos. Son unos genios chicos. ¿Pero dígame, don Florentino, cómo le fue a pasar esto?

—La verdad no lo sé. Me parece realmente *incredibile, impossibile*. Estos hombres, los *vigili del fuoco*, los bomberos, me dijeron que podría ser un problema con la instalación eléctrica, pero eso no puede ser porque recién la había arreglado mi sobrino Fredo.

—¿Su sobrino es electricista? — indagó Delfi.

—*Ma che cosa, ragazza!* Bueno, no precisamente electricista... digamos certificado, pero vio varios videos en Internet para aprender cómo se hacía.

Los hermanos detectives se miraron discretamente y negaron con la cabeza. Ismael se acomodó los anteojos, anotó algo en su libreta y luego levantó la vista para hablarle al damnificado.

—Don Florentino, hay algo que no entiendo. Una mala instalación eléctrica puede provocar un incendio, pero no creo que pueda causar una explosión tan grande. Me refiero a que su heladería hiciera ¡*kabum!* como usted mismo dijo.

El señor italiano miró hacia lo poco que quedaba de su amado negocio. La construcción estaba toda empapada y negra y parecía un cráter que hubiera hecho erupción.

—*É vero, bambino*. Es cierto que usted es muy astuto —dijo arqueando las cejas y estirando la boca hacia los lados en un gesto de súplica—. Tengo que hacerles una pequeña confesión. La verdad es que yo guardaba un poquito de combustible en el subterráneo... *Una piccola quantità*. Mire que la bencina está tan cara, entonces yo aprovecho de comprarla cuando baja de precio.

—¿Cuánto combustible? —preguntó Ismael mientras seguía escribiendo.

—Unos *quaranta* bidones —respondió y se puso el dorso de la mano en la frente.

—¡Cuarenta! —exclamaron Isma, Delfi y hasta doña Efluvia al unísono.

—Sí, sí, pero ¡shhh, silencio! —les rogó—. No lo digan tan fuerte porque yo no le conté a los bomberos ni a los *carabinieri* tantos detalles.

—Eso no es un detalle sino que una irresponsabilidad —condenó Delfi.

En ese momento escucharon una voz grave y severa a sus espaldas.

—Como también es una irresponsabilidad escaparse de la casa.

Era Ruperto que venía sumamente enojado de parte de los papás de los Urrutia Lumbrera. Respiraba profundamente por la nariz para calmarse. Su perro Quintanilla no venía enojado y les movía la cola con cariño. Los niños quedaron paralizados y a doña Efluvia casi se le cae la placa dental de la impresión. Pidieron disculpas, imploraron clemencia, prometieron portarse bien y al final el buen

DOMUS  
AUREA



bombero los perdonó.

—Qué bien que ya se le pasó la pataleta, Rupertito —le dijo su madre—. Mire que al malgenio le cuesta ser feliz. ¿Por qué mejor no vamos a tomarnos un granizado para subir el ánimo? Habrá algún otro salón de té por acá cerca. ¿A usted no le importa, don Florentino? Mal que mal, obviamente, no van a ser helados de oro auténtico.

—Oro auténtico —murmuró antes de responder en voz alta—. Sí me importa ir a la nefasta competencia, pero, con tal de estar en su grata presencia, hago el sacrificio. Podemos ir a la que usted mencionó.

—¿Cuál que yo mencioné? Yo no he mencionado nada. ¿O me estoy poniendo como estos niños que son superdotados, pero no saben lo que dicen? Ni le cuento que me dijeron el nombre de su negocio, bien clarito: «Domus Aurea» y después no sabían de lo que estaban hablando.

—La *gelateria* de los *ragazzi* vanguardistas a los que les gusta hacer pataletas. Son insufribles.

Efectivamente, a solo un par de cuadras, se había abierto la flamante y moderna heladería «Paletas con Pataletas» que era administrada por unos jóvenes muy resueltos y conectados consigo mismos.

Los seis, incluyendo al perro Quintanilla, que tenía «algo de galgo», se subieron a la camioneta de Ruperto. En el camino el heladero italiano se fue refunfuñando: «¿Qué significa eso de que sean “resueltos”? ¿Acaso son ejercicios de matemáticas? *Mamma mia*. ¿Y “conectados”? ¿Acaso son enchufes?».

Llegaron en un tris y los recibió una señorita de amplia sonrisa.

—Hola, mi nombre es Enigma y para mí será un gusto atenderlos esta significativa tarde —les dijo mientras ponía los menús sobre la mesa.

—¿No sabe su propio nombre, mijita? —le preguntó doña Efluvia.

—No, mi nombre es Enigma, así me llamo ahora.

—Ah, qué lindo —dijo la anciana y abrió la carta, pero aún sin mirarla, sino que observando a la moza—. Y qué lindo le quedó el teñido de pelo, con tantos colores... Lindo, fíjese —agregó al colgar su cartera en el respaldo de la silla—. Oiga, pero ¿qué clase de música es esta, tan estridente?

—Es una banda ecléctica sincrética fonética.

—¿Una banda qué? —consultó la señora.

—Ecléctica sincrética fonética —repitió la muchacha.

—Ah, ya... qué linda —dijo doña Efluvia quitándose los anteojos de sol y dejándose el sombrero—, ¿pero le puedo pedir que sea tan amorosa de bajarle el volumen a su música ética pelética pelempepética?

La amable garzona asintió y fue a disminuir el sonido.

El señor Fugazi le habló al oído a su vieja amiga, pero su susurro fue bastante estridente.

—¿Vio que estos vanguardistas pataletudos son irritantes?

—Insufribles —respondió ella.

—¡Mamá! —la regañó Ruperto, pero ella se quedó callada y miró con su sonrisa traviesa a los niños.

Entonces Ismael le hizo señas a Delfina para que se levantaran un momento, luego se acercó a ella y le puso su mano como en forma de concha sobre la oreja para decirle en secreto:

—¿Y si fueron la señorita Enigma y los vanguardistas los culpables de que la Gelateria Domus Aurea hiciera ¡kabum!?

—¿Y si fue don Florentino Fugazi el que hizo explotar su propio negocio para cobrar el seguro? —le dijo ella.

Los jóvenes detectives se quedaron mirando en silencio y luego regresaron a la mesa. Todos pidieron helados, menos don Florentino. Todos pidieron medialunas y jugos, menos don Florentino.

—Al menos tómese un café —le propuso el bombero—. Yo invito.

—Sí, no sea amurrado —lo respaldó doña Efluvia—. Hacer un berrinche no le combina con su fama de galán italiano.

—¿De galán? —dijo él con el rostro iluminado—. Está bien, voy a pedir un *espresso*, pero solo para complacer a mi *bella signorina*. Aunque no creo que tengan café de calidad en este tugurio.

La cordial moza les tomó el pedido y volvió casi al instante con dos bandejas redondas. Los hermanos Urrutia Lumbrera inspiraron profundamente por la nariz y con los ojos cerrados al sentir los espléndidos aromas. Luego apreciaron los deslumbrantes colores de los bocadillos. Entonces habló Ruperto.

—Por suerte el cuartel de la Tercera Compañía de

Bomberos de Valparaíso está casi al lado de su comercio, don Florentino. Hablé con ellos y déjeme decirle que la rápida reacción que tuvieron impidió que la tragedia fuera aun mayor.

—*Mi dispiace, mi dispiace tanto*. Lo lamento mucho — balbuceó acongojado el aludido y probó el café, que estaba formidable, aunque él jamás lo habría reconocido.

—La Tercera de Valparaíso se llama «Cousiño y A. Edwards» y es una bomba hermana de la Quinta de Santiago. Tenemos más de un siglo de colaboración y compañerismo con ellos. Además que la Ciudad Puerto tiene una larga historia de incendios importantes, de hecho aquí se fundó el primer Cuerpo de Bomberos de Chile.

—¡Cuéntanos! Esta información nos puede servir para nuestra investigación —pidió Ismael dejando de lado la medialuna rellena de frambuesa y queso para agarrar su libreta.

—Y también necesitamos examinar los escombros para buscar las pistas que haya dejado Siniestro Fulgor —agregó su hermana.

—Querida Delfina, ya te dije que no se puede ahora —replicó Ruperto—. Aún es una zona de alto riesgo y los bomberos de la Tercera me aseguraron que no había nada más que ruinas.

—Está bien —resopló ella—. Entonces lo de la fundación de los bomberos, por favor.

Él tomó un sorbo de su café y entrecerró los ojos para hacer memoria, no porque hubiese estado vivo en esa época, sino para acordarse de los datos.

—Casi a la medianoche del domingo 15 de diciembre de 1850 empezó el fuego en una cigarrería.

—¿Fue por fumar? —preguntó Isma mientras escribía.

—No, al parecer fue por la acumulación de hollín en la chimenea, por eso es tan importante mantenerlas limpias. Las llamas se propagaron rápidamente y fueron arrasando con todo a su paso, a pesar del enorme esfuerzo de los propios vecinos. Incluso el Intendente de la época, el almirante Manuel Blanco Encalada, participó en las tareas de salvamento.

—Me imagino la desesperación de esas personas sin tener bomberos a quien pedir auxilio —comentó Ismael.

—Exactamente, tanto que al día siguiente se hizo un llamado para organizar el trabajo de los incendios y el 30 de junio de 1851 se fundó el Cuerpo de Bomberos de Valparaíso. Así comenzó nuestro voluntariado.

—Todo partió aquí... —meditó Delfi.

—Así es. De hecho les puedo contar más. Uno de los fundadores de la Quinta Compañía de Bomberos de Santiago, Bomba "Arturo Prat" y su primer Capitán fue don Carlos Rogers Gutiérrez de la Fuente, que pertenecía a la Primera Compañía de Valparaíso.

—¡En serio, Ruperto, tenemos que ir a encontrar las pistas! Tal vez algo que los bomberos pasaron por alto, te aseguro que Siniestro Fulgor dejó escondida alguna señal —le suplicó la niña.

El Capitán puso cara de afligido y le iba a responder algo así como «En verdad lo lamento mucho», pero su madre habló antes.

—¡Ay, mijito, diga que sí, qué le cuesta! Pidamos la cuenta y vamos a copuchar un rato. ¡Señorita Enema! —exclamó agitando el brazo para llamar a la joven vanguardista.

—¡No se llama Enema, mamá! Se llama Enigma.

—Enema, Enigma, es como lo mismo ¿o no?

—Obvio que no es lo mismo, mamá. Y no es por nada, pero recuerda que tú te llamas Efluvia.

—¿Efluvia? —preguntó la atenta moza que había llegado silenciosamente—. ¿Usted es Efluvia? ¡Oh, qué tremendo momento! Me siento eufórica. Deme un instante para gestionar mis emociones... Ahora sí. Tenemos algo especialmente para usted. No, no me diga nada, es una sorpresa. Vuelvo en un segundo.

Los comensales se quedaron impactados, mirándose las caras, sin saber qué decir. Entonces aparecieron todos los alegres trabajadores de Paletas con Pataletas trayendo una inmensa torta verde con una velita encendida.

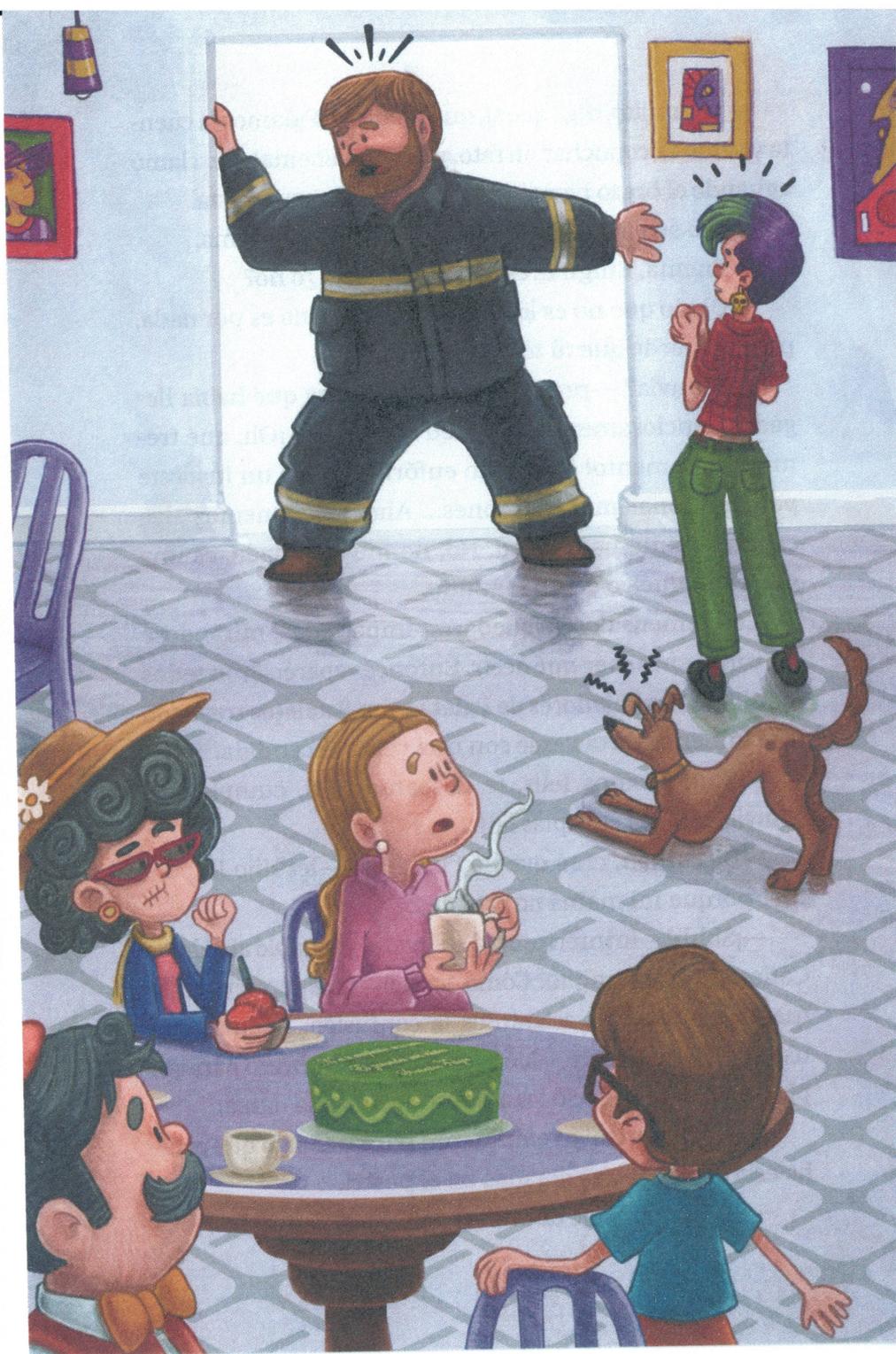
—¡Cumpleaños feliz, te deseamos a ti, cumpleaños Efluvia, que los cumplas feliz!

—Disculpen, creo que hay un error —les dijo Rupert— porque mi mamá no está de...

—¡Shhh! —lo interrumpió su madre y le habló al oído—. Cállese la boca, mijito. Cómo vamos a desperdiciar esta maravilla. Después aclaramos la confusión. Además que usted ya tuvo su torta —luego se quitó el sombrero para soplar la vela y agradeció los aplausos como una dama.

Delfina e Ismael se empinaron para leer algo que estaba escrito con letras doradas en el pastel.

—¡Es un mensaje de Siniestro Fulgor!



# 5

*No es tu cumpleaños ni tu torta.  
El zarandeo será telúrico.  
Siniestro Fulgor.*

Ruperto se puso de pie de un salto y caminó hasta la vereda para mirar para todos lados. Luego regresó a grandes pasos y le habló a la señorita Enigma con voz grave.

—¿Quién les compró esta torta? ¿Cómo era? ¿Cuándo fue? ¡Dígame!

La moza lo miró hacia arriba y respondió titubeando.

—Fue un pedido por teléfono... Ayer... Pero usted trate de apaciguarse y no me hable así, que me violenta.

—Perdón, disculpe, señorita... me sobresalté. Gracias por la información —le dijo el bombero y se sentó de nuevo, acezando como un toro.

—Don Florentino, mire, acérquese —dijo doña Efluvia que estaba picoteando las letras de la torta con las uñas—. Lo que está escrito brilla igual que sus famosos helados de oro auténtico —luego se llevó los dedos a los labios—. ¡Y tiene el mismo sabor!

Él se irguió un poco y frunció las cejas.

—*Che cosa stai dicendo, signorina?* —preguntó sorprendido y luego se arrimó a tan solo un par de centímetros del pastel para inspeccionarlo —. *È vero!* ¡Es verdad!

—Sí, la persona que hizo el pedido nos mandó ese *glitter* con la indicación específica de usarlo para lo que teníamos que escribir —intervino la joven vanguardista.

—¡Se lo robó! —exclamó doña Efluvia— ¡El prófugo se lo robó de su heladería, don Florentino! —luego le habló a Enigma—. Mijita, traiga al tiro el frasco o lo que sea que le mandaron porque mire que eso es auténtico oro.

El señor Fugazi se sonrojó y pareció achicarse en su silla.

—*La mia bella dama*, tengo otra *piccola* confesión que hacerles. En realidad lo que le da el resplandor a mis helados no es oro tan auténtico, digamos de *ventiquattro* kilates.

—¿Y qué es entonces? —preguntó Ismael.

—Es brillantina dorada comestible que compro en el *mall* chino.

—¡Pero qué desilusión, qué ofensa, qué estafa! —chilló la viejecilla—. Don Florentino, yo que lo tenía a usted por un caballero distinguido y honorable... ¡y resulta que es un embustero!

—Calma, calma, doña Efluvia. No es el momento de pelear —la interrumpió Delfina—. Respire hondo... así, muy bien... Tranquila... Mejor, ¿cierto? Ahora lo más importante es analizar el mensaje de Siniestro Fulgor. La primera parte es evidente porque sabemos que hoy no es su cumpleaños ni tampoco el de Ruperto.

—No —respondió ella dándole la espalda al galán italiano—. Rupertito nació justo a las 11:59 de la noche, lo recuerdo como si fuera ayer. Y después... No, nada, no me hagan caso, son cosas de vieja.

—Y también confirma que el malhechor sabe de sus vidas —continuó la niña hablándole a la madre y su hijo—. Posiblemente es alguien a quien ustedes conocen. Pero la segunda parte...

—¡Ya lo sé, Delfi! —gritó Isma con la boca llena porque estaba comiendo la deliciosa torta de pistacho con kiwi y le compartía al perro Quintanilla—. ¡Zarandeo, dice zarandeo! ¿Te das cuenta? ¡El próximo atentado va a ser en el Zarandanza!

Ella corrió hacia él, lo abrazó y se puso a saltar.

—¡Eres un genio, hermanito lindo! ¡Genio, genio, genio! —le dijo cantando y luego se sosegó para reflexionar—. Pero, claro, no hay ninguna posibilidad de que vayamos a Valdivia... Entonces, Ruperto, al menos podrías avisarles a los bomberos y policías de allá, ¿cierto?

—No —le contestó él, muy serio—. O sea sí, voy a avisar, pero nos vamos ahora directo al aeropuerto. Ustedes son imprescindibles para esta investigación.

Isma y Delfi volvieron a abrazarse y ahora saltaron los dos igual que un carrusel dando vueltas.

—¡Valdivia, Valdivia! —cantaban como vueltos locos—. ¡Aeropuerto, aeropuerto! ¡Avión, avión! ¡Zarandanza, Zarandanza!

—¡Es un juego de intensidad total! —exclamó Delfina.

—¡Y dicen que en otro país un niño salió volando hasta

su casa! —completó Ismael, radiante de alegría.

Ruperto pagó la cuenta, pidieron el resto de la torta para llevar y doña Efluvia se despidió muy molesta del heladero italiano. A regañadientes masculló un frío «Hasta luego, señor Fugazi». Él, por el contrario, se mostró todo lo efusivo y afectuoso que pudo y, en un acto de desesperación, sacó de su bolsillo la llave principal de Domus Aurea, se la entregó en las manos y le dijo: «*Mia signora, vi prego*, le ruego, quédese con esta llave, que ya no abre la puerta de mi gelateria porque hizo ¡kabum!, pero sí puede abrir la puerta de mi corazón, que hace ¡bum, bum!».

Ahora sí los hermanos no pudieron resistir y explotaron ambos en una carcajada. Se tiraron al suelo e incluso se revolcaron un poco hasta que se les pasó la risa. En cambio, doña Efluvia riscó la nariz y alejó la mirada, apática y displicente, pero de todas formas guardó la llave en su cartera. Don Florentino se quedó mirándola con cara de perrito abandonado, lanzó un largo suspiro y murmuró: «*Così fan tutte*, así son todas».

En el camino al aeropuerto, Ruperto llamó a los papás de los niños para pedirles su autorización. En el aeropuerto se consiguió un contenedor de transporte para que su perro Quintanilla viajara en la cabina. Y dentro del avión les contó una historia para entretenerlos mientras compartían lo que quedaba de torta de pistacho con kiwi porque viajar lo ponía de buen humor y también le daba un poco de hambre.

—A propósito de la «llave de su corazón» que le regaló

don Florentino a mi mamá —comenzó diciéndoles—, ¿ustedes conocen el origen de la palabra «pololo»?

Doña Efluvia lo interrumpió:

—¡Ay, Dios mío! Cállese la boca y no hable leseras, mijito.

Su hijo se rio tan fuerte que varios pasajeros y hasta una azafata levantaron la cabeza para curiosear.

—No son leseras, mamá. Es una tradición muy bonita y seguro que a los niños les va a encantar. Bueno, existen otras teorías, pero nosotros los bomberos nos quedamos con esta. Resulta que, a fines del siglo diecinueve, los jóvenes voluntarios de la Quinta Compañía de Bomberos de Santiago, Bomba “Arturo Prat” se fijaron en unos insectos que volaban al lado de las velas, fogatas y lámparas de parafina. Esos bichitos se llaman pololos verdes. Entonces se les ocurrió hacer una insignia.

—¡Entiendo! —exclamó Delfina—. ¡Por estar cerca del fuego y por el uniforme y los carros de ustedes, que son verdes!

—Exactamente. Usaban la insignia como adorno y, cuando un quintino soltero se enamoraba de alguna señorita, se la regalaba como muestra de cariño. Así ella decía que tenía «un pololo». Con el tiempo surgió «polola» e incluso el verbo «pololear».

—¡Qué lindo! —dijo la niña, pero en ese instante se dio cuenta de que su hermano había dejado de comer torta verde y estaba muy concentrado leyendo el libro que tenía sobre la mesita frente a su silla—. ¿Y tú en qué estás? —le dijo—. ¿No te gustan las historias románticas?

¿Y qué haces con el diccionario? Yo creo que eres el único niño en el mundo que anda acarreado un diccionario en la mochila.

—Lo llevaba para el colegio. Además que tú nunca me prestas tu teléfono para buscar cosas. Además que creo que encontré una clave. Y además que me gustan las palabras. ¿Está mal eso?

—Okey, okey, tranquilo, hermano —le respondió sonriendo para disimular su sorpresa.

—Está bien, Delfi, perdona si te hablé de mala manera, pero tú sabes que soy sensible.

—Tienes razón, perdona, Isma. ¿Qué clave encontraste?

Él se apoyó en el respaldo y acomodó sus anteojos.

—¿Cierto que en la torta estaba escrito «El zarandeo será telúrico»? Ya, por eso yo deduje que el próximo atentado va a ser en el Zarandanza. Y zarandear significa sacudir, menear, zangolotear. Por otro lado, los movimientos telúricos son los temblores. Entonces me quedé pensando y creo que el incidente en Valdivia no va a ser un incendio.

Su hermana se puso pálida.

—¿Quieres decir que va a ser un terremoto? ¿Pero cómo Siniestro Fulgor va a ser capaz de ocasionar un terremoto?

—No lo sé —respondió él en voz baja—, pero ¿ves que sirven los diccionarios?

—Mucho —le dijo ella sonriendo.

En ese momento la azafata curiosa anunció que ya iban a aterrizar, que enderezaran sus asientos y guardarán las mesitas. En el Aeródromo Pichoy llovía un poco, así que compraron paraguas. Sacaron al perro Quintanilla



de su momentánea cárcel y le dieron bastante de su alimento canino para que estuviera de buen humor, aunque él siempre lo estaba y movía la cola y olfateaba por todos lados. Tomaron un taxi que admitía mascotas rumbo al Parque Saval, donde estaba la feria de diversiones con el Zarandanza. El conductor les preguntó que qué raza era el perro y los niños estuvieron felices de responder que era un «algo» porque tenía «algo de galgo». Cuando ya iban en camino a través de los bosques, la niña detective leyó de su teléfono:

—«El megaterremoto de Valdivia es el más potente registrado en la historia de la humanidad, con grado 9,6 en la escala de Richter. Ocurrió el 22 de mayo de 1960 y fue percibido a nivel planetario. Ocasionó maremotos que llegaron hasta Hawái y Japón, erupciones volcánicas y movió el eje de la Tierra en 3 centímetros».

—Ah, chupalla —dijo doña Efluvia consternada.

—¿Pero usted ya había nacido cuando sucedió, cierto? —le preguntó Ismael.

—Sí, pero en Valparaíso no fue tan fuerte... y hay cosas que es mejor olvidar —respondió melancólica.

—«La placa de Nazca normalmente avanza unos 8 centímetros por año hacia el continente —siguió Delfina—, pero con el terremoto de Valdivia se acercó bruscamente casi 40 metros».

Entonces llegaron al parque de diversiones y se despidieron del conductor, que quedó totalmente aterrorizado con la conversación telúrica. La lluvia era intermitente, por momentos caía a chuzos, pero ahora había parado por

completo e incluso había salido un poco el sol del atardecer, que iluminaba las nubes dándoles un color anaranjado, rojizo y hasta morado oscuro en varias partes. Pagaron las entradas y caminaron sobre el pasto mojado, avanzando entre la muchedumbre, que antes se había refugiado del aguacero en los restaurantes, pero que ahora volvían a los juegos. De pronto un haz de luz resplandeció sobre un armatoste metálico colosal que tenían enfrente y todo pareció verse en cámara lenta.

—Mira, Isma... Ahí está —dijo la niña tocándole el hombro a su hermano y con los ojos tan abiertos como si estuviera presenciando una aparición divina.

—Za-ran-dan-za —pronunció él, sílaba por sílaba, como si fuera una palabra mágica.



## 6

**ALLÍ ESTABA**, frente a sus ojos infantiles, la imponente máquina de diversión llamada Zarandanza, como si fuera una de las siete maravillas del mundo moderno. Casi les salen lágrimas de la emoción. El mítico aparato que prometía darles vueltas, sacudirlos y zangolotearlos.

—Y dicen que en otro país un niño salió volando hasta su casa —completó Ismael.

Ruperto llamó por teléfono a sus amigos de la Primera Compañía de Bomberos de Valdivia, que se llama «Germania». Les avisó para que estuvieran alerta por si acaso, pero no para que asistieran, porque no se debe llamar a los bomberos a menos que esté ocurriendo una verdadera emergencia. Luego examinó la estructura y conversó con el encargado del juego, quien le explicó que había revisado el mecanismo en la mañana y que todo funcionaba a la perfección.

—Tal vez nos equivocamos —murmuró pensativo mientras observaba a las familias felices dando vueltas en el atardecer valdiviano de la Isla Teja.

—¿Entonces podemos subir? ¿Por favor? —le suplicó

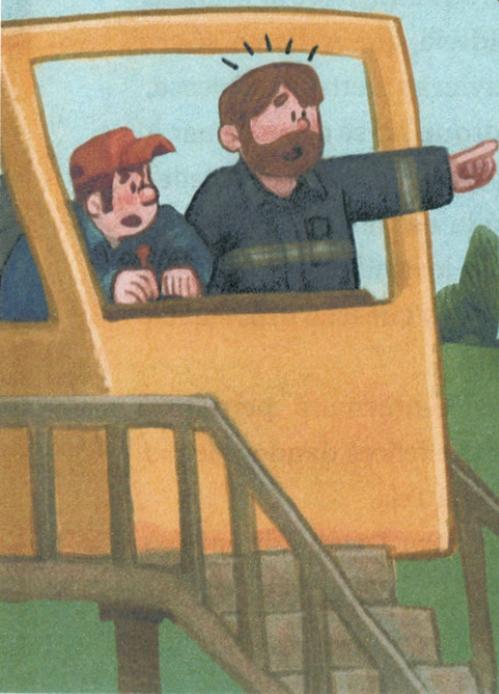
Delfina con ojos de súplica.

El Capitán de bomberos estuvo de acuerdo y los niños corrieron a ponerse en la cola. El entusiasmo hizo que olvidaran sus propias conclusiones, teorías y sospechas sobre que el siguiente ataque de Siniestro Fulgor sería precisamente en el Zarandanza. La exaltación y el frenesí fueron como humo que nubló sus pensamientos. Se subieron al juego avanzando a saltos, luego buscaron los mejores lugares y se sujetaron de los fierros con todas sus fuerzas al sentir que comenzaba a funcionar lentamente.

Entonces sucedió la desgracia.

—Oiga, mijito lindo —comentó doña Efluvia mientras mascaba cabritas apoyada en una reja y contemplaba a sus “casi nietos”—. Como que está agarrando vuelo muy rápido esta huifa ¿o es idea mía?

Ruperto se fijó y vio que era cierto. El artefacto giraba cada vez a mayor velocidad. Entonces marchó rápidamente para alertar al encargado, pero cuán grande fue su impresión al encontrarlo



desesperado presionando botones, girando perillas y moviendo palancas para tratar de detener el mecanismo.

—¡No puedo pararlo! —gritaba con angustia—. ¡Es como si hubiera cobrado vida propia!

—¿Y no hay un botón de emergencia? —le preguntó Ruperto espantado.

—¡Es este rojo grande, pero lo aprieto y lo aprieto y no pasa nada! —le respondió con el rostro desencajado por el pánico—. ¡El Zarandanza está vivo!

Por la ventana de la cabina vieron que las familias ya no estaban felices dando vueltas, sino que se agarraban de lo que podían e imploraban aterrORIZADOS: «¡Auxilio, auxilio!». La fuerza centrífuga se hizo cada vez más potente. Más... y más... ¡y más!  
¡Cada vez más rápido!



Entonces el armatoste hizo un ruido horrible y se sacudió como dinosaurio furioso. Isma y Delfi no pudieron resistir más y salieron disparados por el aire como si fueran dos muñecos.

—¡Ave María purísima! —exclamó doña Efluvia mientras seguía con la mirada la trayectoria de sus vecinos por el aire. Las cabritas que estaba mascando se le cayeron de la boca y el paquete se desplomó desde sus manos hasta el suelo.

Los niños volaron abrazados durante varios segundos y luego fueron descendiendo a través del cielo hasta zambullirse de cabeza en la Laguna de los Lotos. Se hundieron bajo el agua por bastante rato mientras Ruperto corría a salvarlos, pero finalmente aparecieron sus cabezas y pudieron respirar. Estaban despavoridos y consternados, sin lograr comprender ni creer lo que les acababa de ocurrir. A pesar del susto, al darse cuenta de que seguían vivos, sintieron una alegría enorme.

—¡Zarandanza sí que es un juego de intensidad total! —gritó Isma.

—¡Tal cual! —le respondió Delfi mientras nadaban hacia la orilla—. Te subes, te da vueltas, te sacude y te zangolotea.

—Y dicen que en otro país un niño salió volando hasta su casa —completó su hermano—. Claro, no llegamos hasta nuestra casa porque está muy lejos, pero... ¡volamos!

Los bomberos de la Compañía «Germania» llegaron muy rápido y de inmediato hicieron el reconocimiento del lugar y comenzaron el trabajo de rescate de personas.

La mayoría de la gente pudo salir del Zarandanza por sus propios medios, pero algunas partes de la estructura habían colapsado, por lo que los integrantes de la Primera de Valdivia usaron su equipamiento especializado para liberar a los que estaban atrapados y después trasladarlos a un lugar seguro.

A Delfina e Ismael los subieron en camillas a la ambulancia, con el cuello inmovilizado por si acaso tenían alguna lesión cervical. Los acompañaron doña Efluvia, Ruperto y, por supuesto, el perro Quintanilla, que les fue lamiendo las caras todo el camino. La ambulancia atravesó el puente Pedro de Valdivia sobre el río Calle-Calle y luego el centro de la ciudad haciendo todo el escándalo necesario con la sirena para llegar rápidamente al hospital. Allí los atendió una estupenda doctora que los examinó completos: cabeza, brazos, piernas, costillas, pulmones, oídos, corazón, pulso, presión arterial y hasta reflejos y sentido de la orientación. Milagrosamente no tenían ningún hueso roto y estaban en perfectas condiciones. Bueno, en realidad machucados, magullados, molidos, moreteados y maltrechos, pero bien.

Como ya era de noche y no tenían donde alojar, la estupenda doctora los convidó para que se quedaran en su casa, lo cual a todos les pareció estupendo, en especial a Ruperto. En el trayecto pasaron a comprar congrio a lo pobre para todos, que estaba delicioso, así que se lo zamparon en un santiamén. A la doctora le quedaba un poco de kuchen de arándano que había preparado con sus propias manos. Comieron eso de postre y después picotearon

unas sopaipillas con pebre, los niños acompañándolas con jugo de rosa mosqueta para fortalecer el sistema inmune y no resfriarse después del chapuzón, y los grandes tomando cerveza artesanal.

—¡Para fortalecer el espíritu! —brindó Ruperto muy entusiasmado, porque el rescate de personas en estructuras colapsadas le daba hambre y sed.

—Mi papá siempre nos prepara algo rico cuando hay algún problema —comentó Isma, un poco cabizbajo—. Fue bueno hablar con ellos por videollamada, pero igual los echo de menos.

La doctora se quedó mirándolo con una expresión amable y estaba a punto de decirle algunas palabras cariñosas para consolarlo, cuando justamente en ese momento sonó el teléfono del Capitán para notificarle que había recibido un mensaje de texto y él se puso de pie de la impresión al leerlo.

—¡Es de Siniestro Fulgor! —exclamó con su voz grave—. ¡Qué sujeto más desgrac... es un mald...! —y luego se tapó la boca y respiró varias veces por la nariz para calmarse—. Perdonen, niños, es que la bajeza de este tipo me saca de quicio y se me salen solas las groserías.

—Tranquilo, Rupertito —le dijo su mamá—. Yo digo unos garabatos mucho peores, morrocotudos, así que no pasa nada. Ya, pero cuente qué dice ahora ese malandrín.

El bombero les mostró la pantalla que decía:

¿No te divertiste en el parque de diversiones? Yo tampoco. Nunca. Ni una ni cinco veces. Ahora se va

a oír repicar la mala Compañía de los hermanos y van a soñar conmigo.

Siniestro Fulgor

Después del impacto inicial al leer el nuevo mensaje, aquella noche se quedaron conversando hasta muy tarde sentados frente a la chimenea. Elucubraban ideas sobre las intenciones de Fulgor, sus pensamientos divagaban en un sinnúmero de posibilidades, pero sentían que la fatiga y la ansiedad les impedían llegar a conclusiones. Sabían que el pirómano criminal había saboteado el Zarandanza: desatornilló tornillos, desconectó cables y desprogramó el computador. Sabían que los conocía muy bien y que su propósito era jugar y burlarse directamente de ellos, en particular de Efluvia y en especial de Ruperto, a quien parecía que le escribía directamente.

—¿Qué más sabemos? —preguntó al aire Ismael mientras revisaba las notas en su libreta de detective. El fuego iluminaba su cara y se reflejaba en sus anteojos—. Sabemos que nuestro sospechoso ha seguido, investigado y espiado a doña Efluvia, porque para el primer atentado entró a su departamento en Santiago, el segundo lo hizo en la heladería en Valparaíso que ella frecuentaba cuando joven, pero ¿y el tercero? Doña Efluvia, ¿usted tiene algo que ver con Valdivia?

—Yo nada, mijito... Al menos, yo misma, no —dijo y sorbió con la bombilla su yerba mate.

Delfina estaba contemplando las llamas como hechizada, pero al oír a su vecina se despabiló y la miró fijamente.

—Hay algo que usted nos está ocultando —le dijo muy seria—. ¿Qué es lo que usted sabe y no nos quiere decir?

—¿Qué voy a estar escondiendo yo? ¡Nada! —le respondió ofendida—. Si son cosas de vieja, no más.

—«Son cosas de vieja, son cosas de vieja» —la remedió la niña—. Usted ya me colmó la paciencia, señora. Cuando encontramos la primera nota en su departamento, usted comentó que estaba intacta «Para que la leyera yo». ¿Se acuerda? Y también intuía que Siniestro Fulgor la había espiado muchas veces y hasta le daba miedo que lo atrapáramos. ¿Se acuerda? Después, cuando leímos el mensaje en la torta, usted nos contó que Ruperto había nacido un minuto antes de la medianoche, pero que después había pasado algo más... y no nos quiso decir qué era. ¿Se acuerda? ¿O no se quiere acordar? ¿O también son cosas de vieja?

La anciana pareció encogerse en su silla. En vez de contestar, cerró los ojos apretados y tomó un trago apurado de su mate, tanto que se quemó la garganta y gritó uno de sus garabatos «morrocotudos». Hasta el perro Quintanilla, que estaba echado apaciblemente a los pies de su amo, se espantó y lanzó un ladrido que tenía «algo de galgo».

—Para, Delfi, para. No le insistas más —le dijo Isma y se acercó a ella. Trató de ponerle su brazo sobre el hombro, a lo que ella respondió con un «¡Suéltame!». Entonces volvió a sentarse y le habló lo más sereno que pudo—. Ahora más que nunca tenemos que mantener la calma y ser racionales, no nos dejemos llevar por la rabia o el cansancio. Sabemos que, en el fondo, Siniestro Fulgor quiere que lo



capturemos. Gracias al nuevo mensaje ahora también sabemos que tiene algo en contra de la feria en el Parque Saval o en contra de los parques de diversiones en general porque lo pasó mal muchas veces. Además hemos entregado todas nuestras pistas y conclusiones a la policía, así que no somos los únicos que están investigando. Nos falta por descifrar la segunda parte del texto, que es donde nos anuncia su próximo ataque. No se me ocurre qué quiere decir con lo de «van a soñar conmigo».

—Bueno, yo anoche soñé con él... pesadillas —dijo Delfi, aún con el ceño fruncido, pero esbozando una sonrisa.

—Jajaja, buen punto, pero seguro significa algo más que tenemos que descubrir —le contestó él—. Okey, pero sigamos analizando. En esa misma oración dice que «Ahora se va a oír repicar la mala Compañía de los hermanos». ¿Quiénes son los hermanos?

—¡Nosotros, tú y yo! —exclamó ella.

—Exactamente. En este equipo de detectives hay una mamá y su hijo, que son doña Efluvia y Ruperto, y unos hermanos, que somos tú y yo. Y resulta que parece que somos «mala compañía» —terminó riendo en broma.

—Pero la palabra «Compañía» está con mayúscula, igual que antes con «Craso» —continuó ella—. ¿Qué compañía de hermanos es la que se puede oír?

—Yo lo sé —dijo el Capitán de bomberos golpeando su vaso sobre la mesa y luego habló muy pausadamente—. La Iglesia de la Compañía de los hermanos jesuitas.

—Pero esa ya se quemó hace una tracialada de años —intervino doña Efluvia con la voz afectada y carraspeando.

—Así es —respondió él—. El 8 de diciembre de 1863 para ser exactos. Murieron cerca de dos mil personas, la mayoría mujeres y niños. Probablemente el fuego se inició por las lámparas a parafina, los adornos de gasa, los cuadros y la incontable cantidad de flores que había para cerrar el mes de María con la fiesta de la Inmaculada Concepción. La multitud quiso escapar, pero en esa época las señoras usaban unos vestidos inmensos con armazón, por lo que se formó un tumulto que bloqueó las puertas y fallecieron aplastados, calcinados o sofocados. A raíz de ese devastador incendio fue que se fundó el Cuerpo de Bomberos de Santiago el 20 de diciembre, tan solo doce días después, gracias a don José Luis Claro y Cruz y muchos otros valientes.

—¿Pero por qué se puede «oír repicar» esa compañía? —preguntó Ismael.

—Por el repicar de las campanas —respondió Ruperto con voz solemne—. Fue lo único que sobrevivió de la iglesia. Una se fundió para hacer dos campanas de la Iglesia de san Ignacio. Las otras tres fueron vendidas como chatarra y estuvieron en una parroquia en Gales hasta el año 2010. Ahora están una en el jardín del ex-Congreso Nacional, otra en el Cuartel General del Cuerpo de Bomberos de Santiago y la tercera en el cuartel de la 14ª Compañía «J.A.S. Jackson». John Jackson fue quien fundó esa bomba y también fundó The Grange School.

—Tenemos que volver a Santiago... ¡ahora ya! —declaró Delfina.



# 7

**Y ASÍ LO HICIERON**, pero primero tenían que recuperar sus energías. Delfi y doña Efluvia se pusieron en la buena y todos siguieron reflexionando en vigilia unos pocos minutos más, hasta que los niños no aguantaron el sueño y se quedaron profundamente dormidos sobre los sillones. Descansaron un par de horas y luego la doctora trasladó a sus nuevos amigos al aeropuerto para tomar el primer vuelo de la madrugada. Ruperto se despidió de ella con un estupendo abrazo y se prometieron seguir en contacto. Tuvieron que llevar a Ismael y Delfina en brazos y siguieron durmiendo en el avión hasta que aterrizaron.

Cuando llegaron, Ruperto los llevó en la camioneta hasta el edificio y se fueron a sus respectivos departamentos para ducharse y cambiarse de ropa. A los hermanos Urrutia Lumbrera los recibieron sus papás con abrazos, besos y un rico desayuno, preparado especialmente para subir los ánimos. Les preguntaron si estaban bien y ellos respondieron que apenas un poco adoloridos, mientras comían pan con dulce de membrillo y queso y tomaban jugo de naranja recién exprimido. Los niños les volvieron

a pedir perdón a sus padres por haberse fugado y les contaron sus aventuras en Valparaíso con el expresivo, pero farsante heladero italiano, cuya tienda había hecho ¡kabum!; además les hablaron acerca de la amable, pero enigmática señorita vanguardista y la torta verde con oro falso y, por supuesto, también les contaron sobre su vuelo en avión hasta Valdivia y especialmente de su vuelo desde Zarandanza hasta la Laguna de los Lotos.

Como ya era fin de semana, no tenían colegio. El Capitán había quedado de pasarlos a buscar para comenzar su recorrido con la campana que estaba donde sus colegas bomberos de la 14. Mientras se cepillaban los dientes, Delfi le comentó a su hermano:

—Guengo gugash gon guegueco a ra gongañía y ar gú-guego guingo.

—¿Que qué? No te entendí absolutamente nada —le dijo él.

Entonces ella escupió la espuma, se enjuagó la boca y volvió a decirle:

—Tengo dudas con respecto a la compañía y al número cinco. No es que Siniestro Fulgor nos haya dado pistas falsas, pero son pistas difíciles de interpretar porque pueden tener varios significados. ¿Me entiendes? Por ejemplo, Ruperto llegó a la conclusión de que el «oír repicar» se refiere a las campanas y que la «Compañía de los hermanos» se refiere a la Compañía de los hermanos jesuitas, lo cual es muy lógico, pero ¿y si está equivocado? Nos pasó antes cuando creímos que «magnum» tenía que ver con Alejandro Magno, pero en realidad era por el *incendium*

*magnum* de Roma. ¿Y el número cinco? ¿Por qué nuestro sospechoso mencionó que no se había divertido «Ni una ni cinco veces»? Uno podría pensar que es una forma de decir que fueron muchas, pero ya sabemos que Siniestro podrá estar loco y ser un criminal, pero también es un genio y extremadamente minucioso. Siento que por algo lo escribió precisamente así.

—¿Y tienes alguna teoría?

—Sí, la tengo —le respondió mirándolo directo a los ojos mientras le ponía la tapa a la pasta dental—. Y para comprobarla necesito que me acompañes.

—¿Ahora? ¿Adónde?

—A la Quinta Compañía de Bomberos de Santiago, Bomba “Arturo Prat”. Tengo el presentimiento de que esa es la verdadera «Compañía» y por eso el número cinco.

—¿Y los «hermanos»? —le preguntó Isma.

—Los quintinos, además de bomberos, son una cofradía de camaradas, son como hermanos.

Ismael se quedó callado mientras su cerebro funcionaba a toda velocidad. Después de una larga pausa, puso los dedos juntos sobre sus sienes y luego los alejó abriéndolos lentamente, como para hacer el gesto de que su cabeza explotaba.

—Espérame, voy a buscar mi libreta de detective —dijo y salió corriendo del baño para regresar casi al instante dando vueltas las páginas a medida que buscaba datos que tenía anotados—. Delfi, el color verde... ¡El color verde! Ha estado ahí desde el principio. ¿Te das cuenta?

—No.



—El verde es el color de la Quinta. Sus carros bomba y escalera mecánica son verdes, y esto es algo que los caracteriza —le dijo emocionado y luego le fue mostrando sus notas—. La primera pista, la del papel bañado en líquido ignífugo, estaba escrita con tinta... verde. La torta de pistacho con kiwi con las letras de oro falso era... verde.

—¿Y el mensaje de texto a Ruperto? —le preguntó ella.

—¿De qué color es la carcasa de su teléfono celular?

—¡Verde! —exclamaron los dos al mismo tiempo.

—¿Ves? —dijo él—. Las señales que nos ha dado Siniestro Fulgor tienen que ver con los bomberos en general, con los bomberos de Chile en particular y, muy especialmente, con la Quinta Compañía de Bomberos de Santiago, Bomba “Arturo Prat”.

—Y, sobre todo, con Ruperto y doña Efluvia —completó ella—. Entonces, ¿qué dices? ¿Vamos a la Quinta?

—¡Vamos! —respondió él—. Pero ¿y Ruperto? Él quedó de pasar a buscarnos para ir a la Bomba «John Jackson».

—Todavía falta un rato para que sea la hora en que dijo que iba a estar acá. Además que estamos al lado,



Isma. Vamos rápido, investigamos y volvemos antes de que llegue.

Y así fue que salieron disparados con tan solo un «¡Volvemos al tiro! ¡Chao papá, chao mamá!» y un portazo, luego bajaron por el ascensor y corrieron por la vereda en dirección al cuartel. Iban felices y entusiasmados, con la esperanza de finalmente resolver el misterio y consagrarse como detectives privados. Pero cuando estaban llegando vieron algo que los sorprendió tanto que frenaron en seco.

—¡Es Ruperto! ¿Qué hace acá? —dijo Delfi impresionada.

—¡Ruperto, Ruperto! —lo llamó Isma ondeando el brazo para saludarlo.

Él venía justo saliendo por la puerta con una mascarilla profesional antigás, de esas que tienen dos filtros, uno a cada lado de la cara. Además llevaba en la espalda una mochila con motor y manguera, como las que se usan para fumigar o soplar las hojas en otoño. Cuando los divisó, en vez de saludarlos de vuelta, salió corriendo por la calle Nataniel Cox hasta perderse detrás de la esquina.

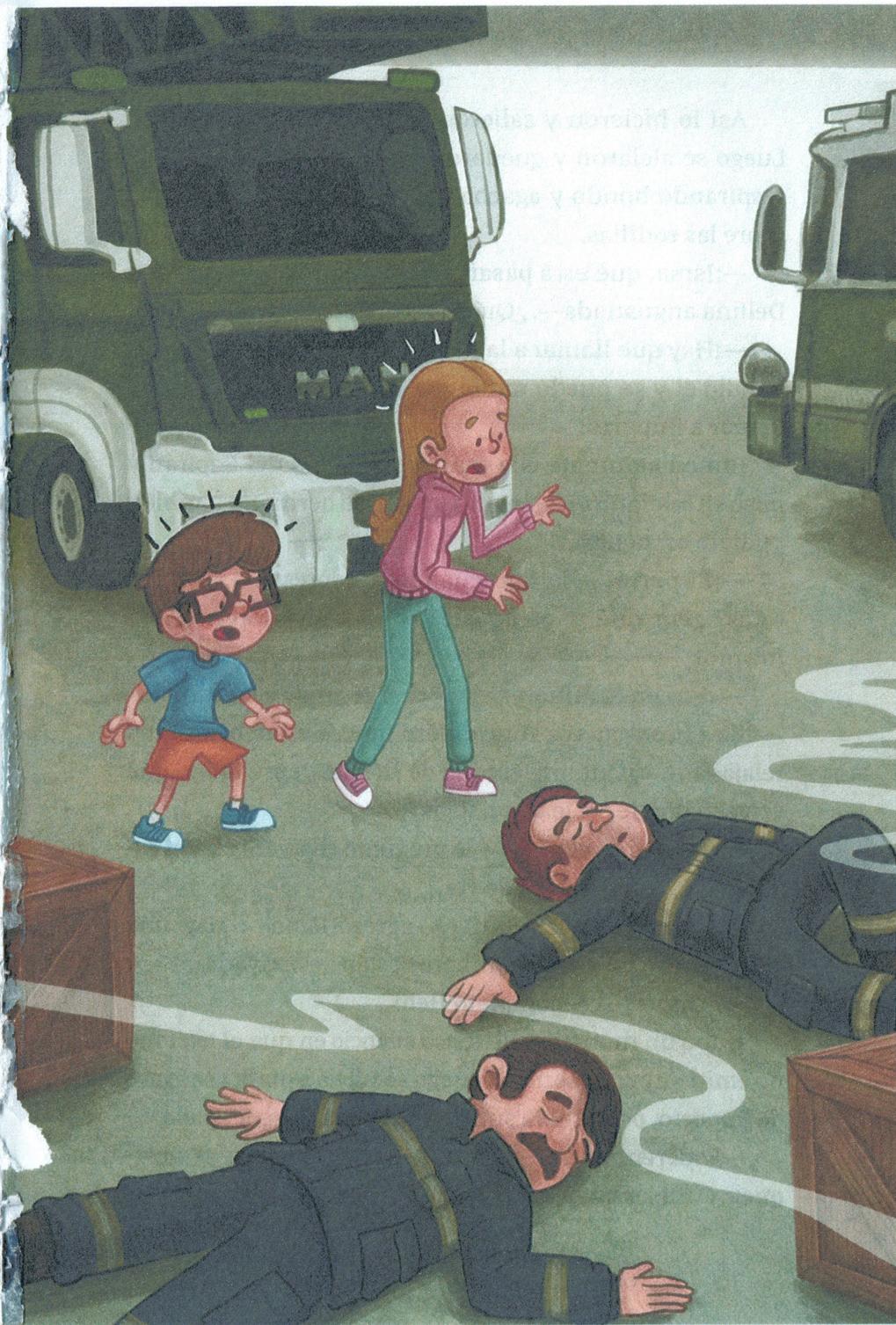
Los hermanos se quedaron pasmados, como petrificados, sin comprender para nada lo que acababa de suceder.

—¿Qué le pasó? ¿Por qué se escapó? No entiendo —dijo el niño.

—Entremos a ver qué pasa en el cuartel —dijo la niña—. Hay algo que me huele muy mal. Tal vez alguno de los bomberos nos pueda explicar.

Se acercaron caminando lentamente y tomados del brazo. Estaban nerviosos y muy confundidos. Cuando cruzaron la puerta de fierro y luego la de madera con vidrio, quedaron tan impactados que casi se desmayan. Efectivamente algo olía muy mal, pero no era solo en sentido figurado por las sospechas de Delfina, sino que literalmente había un fuerte olor a gas que los hizo sentirse mareados. Cuán grande fue su desconcierto al ver que en el suelo, alrededor de los carros bomba y de unas grandes cajas, estaban botados inconscientes los bomberos de la guardia.

—¡Es gas somnífero! —gritó Ismael desesperado—. ¡Huyamos, Delfi, corre, corre!



Así lo hicieron y salieron de Cuartel como un rayo. Luego se alejaron y quedaron nuevamente en la vereda respirando hondo y agachados con las manos apoyadas sobre las rodillas.

—¡Isma, qué está pasando! ¡Tengo miedo! —exclamó Delfina angustiada—. ¿Qué vamos a hacer?

—¡Hay que llamar a la policía y a los bomb...! —le respondió él y se quedó mudo por un instante—. ¡Hay que llamar a Ruperto!

Inmediatamente ella marcó el número del Capitán y puso su teléfono en altavoz para que su hermano también pudiera escuchar.

—¡Ruperto! —le dijo cuando él contestó—. ¿Dónde estás? ¿Por qué te escapaste? ¡Tienes que volver ahora mismo!

—«Voy en camino, ya estoy casi llegando a su edificio» —dijo él con su voz ronca, pero que se escuchaba muy relajada—. «¿Qué me escapé de dónde? ¿Qué tengo que volver a dónde? ¿De qué hablas?».

—¿De qué hablas tú? —le preguntó ella—. Si recién estabas acá, te acabamos de ver.

—Estamos en la Quinta —agregó Isma—. Hay una emergencia, todos los bomberos están desmayados.

—O muertos —completó Delfi.

Hubo un momento de tenso silencio en que el teléfono no emitió ningún sonido y luego se volvió a oír la voz grave de Ruperto, pero ahora sumamente seria y preocupada.

—Espérenme ahí —les dijo—. No entren ni se acerquen. O mejor vuelvan a su casa con sus papás. Yo voy a dar

la señal de alarma para que acudan los otros voluntarios y voy a llamar a las autoridades y a la ambulancia —y colgó.

Los jóvenes detectives cruzaron la calle para apartarse un poco más, pero no quisieron regresar a su departamento. Mientras observaban el cuartel, una sensación como de electricidad fría recorrió sus cuerpos y los hizo tiritar a ambos. Finalmente fue Ismael quien se atrevió a decir lo que los dos estaban pensando:

—¿Y si fue Ruperto? —dijo con la voz temblorosa—. ¿Y si Ruperto es Siniestro Fulgor?

Sus corazones latían sobresaltados, las mejillas les ardían y les pareció que se iban a desvanecer, por lo que tuvieron que sentarse en una esquina de la Plaza Bulnes, donde está el Altar de la Patria, la cripta de Bernardo O'Higgins y el monumento a José Miguel Carrera.

—No puedo creer lo que está pasando, Isma. Parece una pesadilla —dijo Delfina con los codos apoyados en las rodillas y las manos en las sienes.

—Lo sé, Delfi, es increíble, pero analicemos la evidencia que tenemos —le dijo él acomodando sus anteojos—. En el primer incendio, aquel que ocurrió en la casa de doña Efluvia, Ruperto llegó en el carro bomba casi como por arte de magia... y eso que a él no le tocaba estar de guardia en la bomba.

Ella se enderezó, dio un profundo suspiro y le habló con la vista fija en el cuartel.

—Tienes razón. Y también la noche antes de la explosión de la heladería Domus Aurea él no estuvo con nosotros, es decir, pudo haber viajado a Valparaíso y volver.

—Exacto. Y después, en Valdivia, acuérdate que él fue supuestamente a examinar la estructura y estuvo dentro de la cabina de controles del Zarandanza. Es posible que él mismo haya saboteado el juego.

—Y ahora lo pillamos en delito flagrante, lo vimos con nuestros propios ojos con una máquina para lanzar gas —dijo la niña y se le cayeron las lágrimas—. Y los bomberos inconscientes... Por eso era lo de «van a soñar conmigo». Pero no puede ser, me niego a creerlo. ¿Cómo un hombre que se dedica a apagar incendios en realidad es un pirómano? ¿Cómo una persona que se dedica a salvar vidas en realidad es un criminal? ¿Qué pasa con el honor? ¿Qué pasa con lo de «Trabajo y Disciplina»?

—Harto trabajo que me costó encontrarlos, mis chiquillos fugitivos —era su anciana vecina que estaba parada justo frente a ellos—. Ustedes son unos geniecillos traviosos, pero yo también soy bien avispada. Los fui a buscar a su departamento y sus papás me dijeron que los habían escuchado conversando de que «la Quinta para acá» y que «la Quinta para allá», así que me eché una arreglada y me vine en menos que canta un gallo.

—¡Doña Efluvia! —exclamaron los dos al mismo tiempo.

—Doña Efluvia, ay, querida doña Efluvia —dijo Delfina con el rostro sombrío—. ¿Cómo decirle lo que acabamos de presenciar? ¿Cómo contarle nuestra terrible sospecha? No puedo, es demasiado —y luego le dio un largo abrazo con los ojos cerrados.

—Oiga, mijita, que me salió cariñosa... Y yo que la

tenía por arisca. Cuénteme, qué le pasó. Mire que cuando una y es vieja ha escuchado de todo.

—¡Fuego, fuego! —gritó un vendedor ambulante que estaba frente al cuartel.

Las mujeres se soltaron y los tres vieron que por la puerta y por las ventanas de la edificación salía humo. No alcanzaron a reaccionar cuando llegó la camioneta de Ruperto derrapando. El perro Quintanilla saltó por la ventana antes de que hubieran frenado por completo. El Capitán los vio y corrió hacia donde estaban. Entonces Delfi volvió a abrazar a doña Efluvia y se escondió detrás de ella.

—¿Están bien? —les preguntó muy alterado.

—¡Fuiste tú, fuiste tú mismo! —le gritó la niña llorando—. Ahora no te hagas el bueno, ya te descubrimos. ¡Nos mentiste y nos traicionaste! ¿Cómo pudiste?

—No entiendo de qué hablas, Delfina, pero ahora tengo que atender la emergencia. Después me explicas. Cuiden a mi mamá, por favor —dijo y luego se fue a toda prisa de vuelta a su camioneta. Entonces se puso la máscara anti-gás, pero no la mochila con motor.

En ese momento llegaron otros autos de los cuales se bajaron más quintinos ya vestidos con sus uniformes. También se pusieron el equipo de respiración autónoma y entraron corriendo para rescatar a sus compañeros. Tan solo unos pocos segundos después, comenzaron a sacarlos uno tras otro: a algunos los cargaban en vilo, a otros los traían entre dos y a otros los arrastraron hasta afuera. A la distancia se oían varias sirenas que ya venían en camino.

Luego abrieron el pesado portón de vidrio del estacionamiento donde se guardan los carros bomba, para así poder utilizar sus propias mangueras y equipamiento. Fue entonces cuando los niños pudieron prestar atención con más detalle a las grandes cajas de madera que antes apenas habían alcanzado a vislumbrar. Tenían pintadas unas grandes letras rojas que decían «Explosivos» y también «Municiones».

## 8

—**¡ARMEN LAS TIRAS!** ¡Lleven esa línea de agua hasta la puerta! ¡La otra por la sala de máquinas! —gritaba Ruperto y los demás bomberos obedecían sus instrucciones. Isma y Delfi ya sabían que «tiras» y «líneas» era la forma en que le decían a las mangueras y que «armarlas» era conectarlas al grifo y también una con otra para ir avanzando hacia adentro del incendio.

Los quintinos que estaban desmayados comenzaron a recobrar la consciencia y no quisieron subirse a la ambulancia que acababa de llegar, sino que se pusieron sus cascos y uniformes y de inmediato se unieron al equipo. Uno de ellos, que se llamaba Ignacio, de pronto exclamó:

—¡Mi Capitán, es como la epopeya de los arsenales de guerra!

—Tienes toda la razón, Nacho —le respondió Ruperto y luego lanzó el grito de guerra de la Compañía a todo volumen—: ¡Nadie se mueva, firme la Quinta! —a lo que los demás respondieron con ferocidad y valor—: ¡Firme la Quinta! —e incluso el perro Quintanilla contestó ladrando.





El calor del fuego se sentía hasta la vereda de enfrente de la construcción, donde estaban parados los jóvenes detectives, su vecina un poco más atrás y muchas otras personas que se habían amontonado para curiosear el siniestro. Las llamas estaban muy cerca de las cajas con municiones y explosivos, pero los bomberos las combatían con potentes chorros de agua, haciendo uso de toda su técnica y coraje.

—Isma, mira a Ruperto —dijo Delfina—. Mira con qué valentía da las órdenes y trabaja. ¿Cómo va a ser él mismo el autor de los atentados? ¿Cómo podría ser Siniestro Fulgor? Tendría que tener doble personalidad.

—Es cierto, como el trastorno psicológico de Dr. Jekyll y Mr. Hyde, que era bueno y malo —le respondió él—. Pero entonces ¿cómo explicar que lo hayamos visto recién? La única hipótesis que se me ocurre parece una locura...

Estaban tan concentrados y absortos contemplando la extinción del incendio, que no se dieron cuenta de que doña Efluvia se había escurrido silenciosamente entre la multitud, luego había cruzado la calle trotando sin que nadie la viera y se había metido al cuartel trepando por una ventana lateral. Después había subido la escalera, había pasado por la puerta secreta del casino que ella conocía y ahora estaba asomada desde la torre, con los brazos extendidos y vociferando a todo pulmón:

—¡Hijo mío! ¡Esto tiene que parar! Si me quieres, ¡detente ahora mismo!

Los niños abrieron la boca y los ojos de la impresión y

alcanzaron a exclamar «¡Era Ruperto!», pero en ese instante los interrumpió la conocida voz ronca:

—¡Mamá!

Pero no, el grito no era del Capitán de la Quinta Compañía de Bomberos de Santiago, Bomba “Arturo Prat”, sino que de un hombre que estaba en la pequeña azotea del segundo piso que unía las dos partes del edificio que tenían detrás.

—¡Hijo! —clamó la anciana de una edificación a la otra—. ¡Yo sabía que ibas a estar por aquí en algún lado!

Ismael y Delfina no podían creer lo que estaban viendo. El hombre en la azotea era exactamente igual a Ruperto, pero sin uniforme. Entonces dirigieron la mirada hacia su amigo bombero, que seguía en su lugar para atender el incendio y luego volvieron a mirar al sujeto que estaba en el segundo piso, para convencerse de que no era un espejismo o una alucinación.

—¡Es Siniestro Fulgor! —exclamó Delfi.

—¡Y es un gemelo de Ruperto! —dijo Isma—. ¡Mi hipótesis era correcta!

Al oír los gritos, el Capitán había levantado el cuello y observaba alternadamente a su mamá en la torre de la Quinta y también al tipo que era idéntico a él. El vendedor ambulante voceó: «¡Son igualitos!» y después también comentó: «¿Cómo se encaramó esa vieja loca hasta allá arriba? ¡Hay que salvarla, que alguien haga algo!».

En ese momento Ruperto respiró hondo y le habló a los policías que acababan de bajarse de su radiopatrulla.

—Por favor atrapen a ese individuo ahora mismo. Es el principal sospechoso de los atentados.

Luego llamó a Ignacio para indicarle que debían usar el carro con la escala telescópica.

—Hay que sacar la mecánica a como dé lugar. Recuerda el sistema porta camilla y el ventilador del canastillo —y luego lo tomó de los hombros, lo miró y le dijo—: Nacho, te encargo a mi mamá, que es lo más importante en mi vida.

—A la orden, mi Capitán —le respondió.

Entonces le dio instrucciones al bombero que controlaba la manguera para apagar las llamas de la sala de máquinas de los carros de bomba.

—Mantenga el pitón directo hacia la sala de máquinas. Que no llegue el fuego a esa caja por ningún motivo. ¡Firme la Quinta!

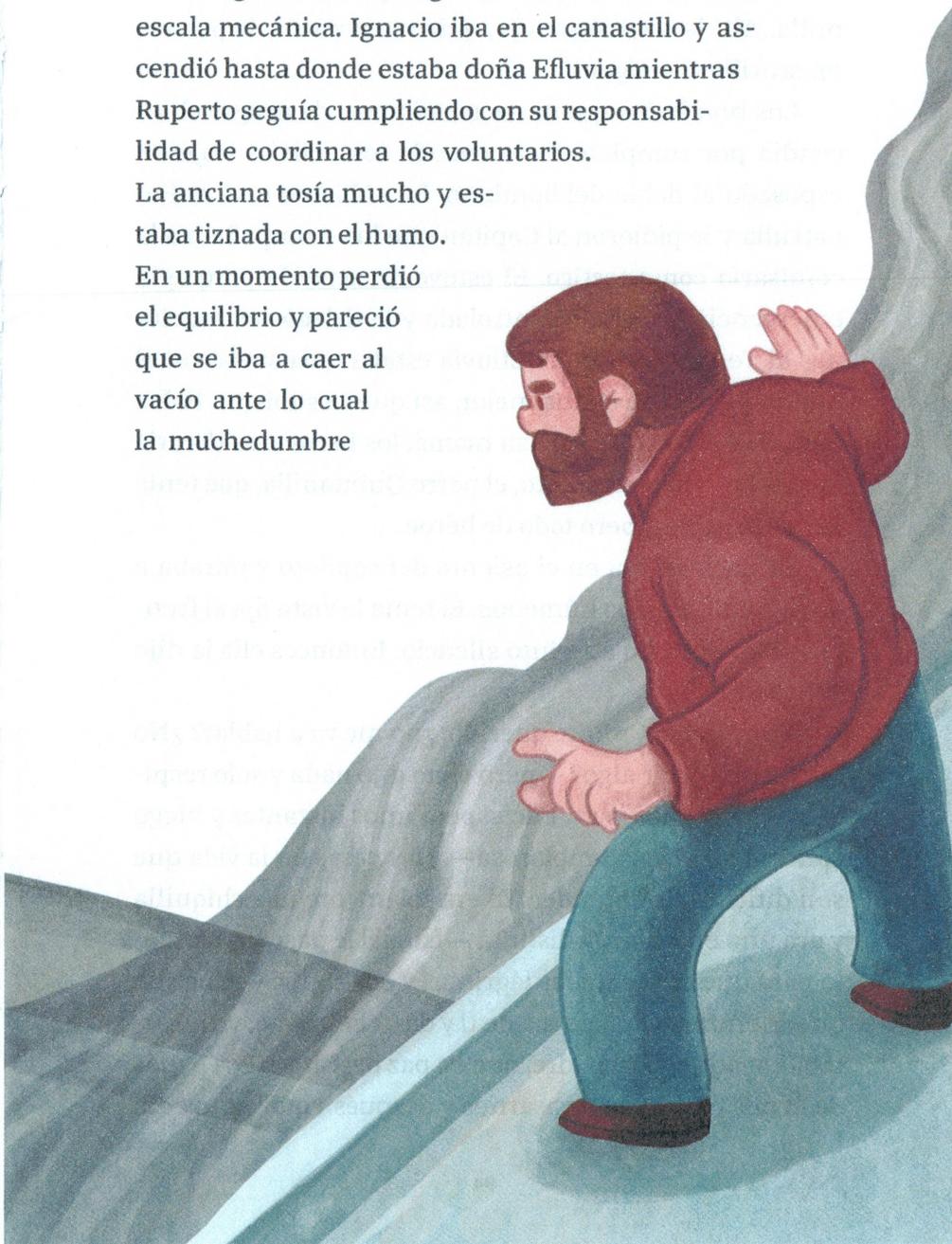


—¡Sí, mi Capitán! ¡Firme la Quinta!

Con gran destreza lograron sacar el carro con la escala mecánica. Ignacio iba en el canastillo y ascendió hasta donde estaba doña Efluvia mientras Ruperto seguía cumpliendo con su responsabilidad de coordinar a los voluntarios.

La anciana tosía mucho y estaba tiznada con el humo.

En un momento perdió el equilibrio y pareció que se iba a caer al vacío ante lo cual la muchedumbre



emitió un «¡Oh, no!», pero Ignacio logró sujetarla y la puso a salvo en el canastillo para después bajarla en la camilla. Allí la recibió su hijo, quien la abrazó y le puso la mascarilla de oxígeno.

Los bomberos quintinos terminaron de apagar el incendio por completo justo cuando los policías trajeron esposado al doble del bombero. Lo subieron a su radiopatrulla y le pidieron al Capitán que los acompañara a la comisaría como testigo. Él estuvo de acuerdo porque la emergencia ya estaba controlada y le delegó sus funciones al Teniente 1°. Doña Efluvia estaba toda sucia con el hollín, pero ya se sentía mejor, así que se subieron todos a la camioneta: Ruperto, su mamá, los hermanos Urrutia Lumbrera y, por supuesto, el perro Quintanilla, que tenía «algo de galgo», pero todo de héroe.

La anciana iba en el asiento del copiloto y miraba a su hijo con los ojos húmedos. Él tenía la vista fija al frente y manejaba en absoluto silencio. Entonces ella le dijo sollozando:

—Hijito mío, mijito querido, ¿no me va a hablar? ¿No me quiere decir algo? —pero él no dijo nada y solo respiró hondo por la nariz. Ella esperó unos instantes y luego continuó con voz temblorosa—. Hay cosas en la vida que son difíciles de entender. Yo era solamente una chiquilla y era una época muy distinta —Ismael le pasó un pañuelo para que se secara las lágrimas y ella siguió—. Cuando quedé embarazada de ti... de ti y de tu hermano, yo no estaba casada con tu padre, que en paz descanse. Los papás de él nos obligaron a casarnos y después vino la tragedia

que tú ya conoces, pero los niños no, así que se las voy a contar. Cuando estaba a punto de dar a luz, hubo un incendio tremendo en donde falleció mi marido. Entonces mis suegros decidieron que yo era muy joven y no era capaz de criar un niño. Como yo era huérfana, no tenía a nadie que me defendiera, así que tuve que decir que sí no más.

—No tuviste, lo decidiste —le dijo Ruperto con la voz muy grave.

—Es verdad, tienes razón, mijito —le dijo con una expresión muy triste en su cara—. La vida es complicada y una a veces comete errores, crasos errores, pero esas son cosas de viej... —hizo una pausa—. Son decisiones que se toman en un momento y de las cuales una se puede arrepentir para siempre. Por eso me puse tan triste cuando Ismaelito nos contó esa tragedia familiar de los hermanos Rómulo y Remo —luego dio un largo suspiro y continuó—. El milagro sucedió el día en que ustedes nacieron, bueno, la noche en realidad, porque tú viniste al mundo un minuto antes de las doce y tu hermano un poco después. En esos tiempos no existían los exámenes ni las máquinas que hay ahora y, por otro lado, yo fui al doctor lo menos que pude porque sentía algo especial dentro de mi cuerpo y tenía la secreta esperanza de que fueran dos niños y no solo uno —dijo y le tomó la mano a su hijo mayor—. Así fue que pude quedarme con al menos una de mis guaguas. El médico y la enfermera me ayudaron a sacarte del hospital como de contrabando y tus abuelos paternos se llevaron a Flamberto.

—¿Flamberto? —se le salió la pregunta a Delfi.

—Sí, Flamberto Segundo. Por lo menos me dejaron ponerle el nombre —respondió doña Efluvia y siguió explicándole a su hijo—. Después te crié a escondidas hasta que me sorprendieron mis suegros, pero ya era tarde como para que te raptaran a ti también, además que ellos no querían hacerse cargo de dos mocosos y yo creo que se dieron cuenta de que yo sí me la podía... al menos con uno. ¿Me entiendes, mijito? ¿Podrás perdonar a tu pobre y vieja madre algún día? —terminó y se limpió las lágrimas.

Ruperto respiró profundo y frenó la camioneta lentamente. Miró a su mamá por unos segundos, pero después se giró para hablarle a Ismael y Delfina.

—Ya llegamos. Por favor acompañen a mi mamá mientras yo me estaciono.

La anciana rompió en llanto. Los niños tuvieron que ayudarla a bajarse y la llevaron del brazo a la comisaría. Allí esperaron hasta que llegó de vuelta el bombero y luego los policías los hicieron pasar a todos a la sala de interrogatorios donde estaba Flamberto, alias Siniestro Fulgor. El Capitán se sentó enfrente y apoyó sus manos una a cada lado de la mesa, apretando los bordes con fuerza. Era como ver a dos clones, como una imagen reflejada en un espejo, excepto que con ropa diferente.

—Vas a pagar muy caro por todos los crímenes que cometiste —comenzó diciéndole Ruperto a su hermano, con el rostro rojo de rabia—. De milagro no murió nadie en tus atentados. ¡Ahora te vas a pudrir en la cárcel! —terminó y levantó el puño. La teniente que estaba a un

costado de la mesa tuvo que sujetarlo para que se mantuviera sentado.

—Lo sé, lo sé. Es la vida que merezco ahora, pero no la que merecía antes —dijo Siniestro con una voz fría que hizo tiritar a los niños de miedo al reconocer que era exactamente la misma que la de su amigo bombero, pero con una entonación tétrica. Después hizo una pausa, miró a su madre que seguía abrazada a los niños y continuó—. Yo merecía tener la misma vida que tú, ser un niño feliz y querido, pero en cambio me tocó vivir un infierno y por eso decidí propagar un poco esas llamas de amargura.

—¡Deja de hablar en acertijos y confiesa! —le gritó Rupert y el perro Quintanilla también le gruñó.

La teniente de policía nuevamente lo detuvo y le dijo que tenía que mantener la calma si quería participar del interrogatorio.

—Por supuesto que voy a confesar, lo he hecho desde el inicio. ¿O no se han dado cuenta? —le respondió el criminal con el mismo tono tenebroso—. Confesé que había espiado a esa señora que es tu mamá y también debería haber sido la mía... Confesé que la observaba desde la ventana cuando ella tenía esas sesiones nostálgicas revisando su cofre de los recuerdos. ¿Y sabes de quién eran esos recuerdos? ¡De mí, del hijo al que abandonó!

Al escuchar eso, Delfina soltó a doña Efluvia y se levantó de la banca junto a la pared en donde estaban.

—¡Por eso no quiso mostrarnos el contenido de su cofre! Y por eso sabía que la nota con tinta verde era para usted... Y por eso dijo que tenía susto de que lo capturáramos...

¡Porque era su hijo! ¡Usted lo sabía desde un principio! — le dijo muy exaltada, pero la anciana no le respondió. Luego se tranquilizó y le habló al inculpado con el permiso de la teniente—. ¿Y la explosión de la heladería en Valparaíso? ¿Cómo y por qué lo hiciste?

—Buenas tardes, señorita Delfina —la saludó él—. ¿Sabías que te llamas igual que la primera bombera activa de Chile? ¿No? ¿Eso no está en los estatutos de su agencia de detectives infantiles? ¿Y tú, Ismael? ¿Tampoco sabes que tu nombre es el mismo que el de uno de los fundadores de la Quinta Compañía de Bomberos de Santiago, Bomba “Arturo Prat”? La famosa «bomba verde» ¿No lo tienes anotado en tu cuadernito de investigador? —lanzó en modo burlón.

—¡No te vayas por las ramas y responde la pregunta que te hicieron! —exclamó el Capitán, que estaba exasperado.

Siniestro tomó un trago de agua del vaso que tenía delante con las manos esposadas, luego se echó hacia atrás en la silla y habló sonriendo.

—La Gelateria Domus Aurea, qué gran trabajo. ¿Vieron que fue cálido y frío a la vez? ¿Vieron que fue como el *Incendium magnum Romae*? Hizo ¡*kabum!*, ¿verdad? —dijo y ahora fue a la teniente a quien se le acabó la paciencia y lo obligó a contestar, entonces el apresado continuó—. Está bien, les voy a contar, pero debería ser esa señora quien relatara. Ella conoce la historia mejor que nadie y también tiene secretos que confesar —comentó indicando a su mamá—. ¿Cómo lo hice? Muy fácil, solo me aproveché de la irresponsabilidad de ese estafador italiano que

almacenaba combustible ilegalmente, sin tomar ninguna precaución y más encima que le encargó la instalación eléctrica al inepto de su sobrino... Y a mí me llaman criminal, qué paradoja. Se sienten superiores, pero al final somos todos culpables —luego sus gestos cambiaron de sarcásticos a nostálgicos—. ¿Por qué lo hice? Eso es menos sencillo de explicar. Cuando yo aún era un inocente niño, a esa señora le bajaba el cargo de consciencia una vez al año y me sacaba a pasear. Sí, tal como les digo, únicamente para mi cumpleaños me llevaba donde su amigo Florentino Fugazi a tomar helados de «oro auténtico». Farsantes los dos.

—¡Era la única vez en que tus abuelos me lo permitían!  
—irrumpió la anciana y en seguida siguió sollozando.

En ese momento entró un gendarme que le avisó a la teniente que los padres de los niños habían llegado y que los estaban esperando. Entonces Ismael pidió la palabra e intervino hojeando su libreta y acomodándose los anteojos.

—Siniest... señor Flamberto, ya sabemos que usted nació pocos minutos después que Ruperto, pero en días diferentes, por eso escribió: «No es tu cumpleaños» y ahora me resulta evidente que la torta verde era para que nosotros lo celebráramos a usted. Lo que no logro deducir es cómo supo que a nosotros nos fascinaba el Zarandanza.

—La torta de pistacho con kiwi... —dijo el delincuente, nuevamente con una sonrisa irónica—. ¿Les gustó? Estaba deliciosa, ¿verdad? ¿No se les ocurrió que podía estar envenenada? Son muy ingenuos y los traiciona su

bondad. ¿Cómo supe de su obsesión por ese juego ridículo? —entonces miró directamente a los niños—. ¿No se les ocurrió que algunas veces cuando los pasaba a saludar su amiguito bombero no fuera él sino que el gemelo malvado? —Isma y Delfi se estremecieron de terror al pensar que quizás cuántas veces habían estado a solas con aquel criminal impostor sin saberlo. Luego Siniestro continuó, otra vez con tono melancólico—. Valdivia... —dijo y lanzó un largo suspiro—. ¿Sabían ustedes que una infancia traumática puede enloquecer a una persona? ¿Qué puede convertir a un buen ciudadano en un malhechor? La vida con mis abuelos fue una pesadilla y por eso quise devolver un poco esos malos sueños y noches en vela. ¿Podrán creer que solamente una vez me llevaron con ellos de vacaciones? Y sí, fuimos a Valdivia... Y sí, fuimos a un parque de diversiones... ¿Pero podrán creer que no me dejaron subir a ni un solo juego, sino que tuve que conformarme con mirar a los otros niños divertirse? Miserables —terminó y una lágrima cayó por su mejilla.

El ambiente en la sala de interrogatorios se tornó muy triste.

—¿Y el ataque a la Quinta Compañía de Bomberos de Santiago, Bomba "Arturo Prat"? —le preguntó Delfina.

—Esa iba a ser mi obra maestra —dijo y una chispa de crueldad brilló en sus ojos.

## 9

**RUPERTO**, a pesar de sentir que la sangre le hervía de ira, había logrado bajar las revoluciones usando su técnica de respirar hondo por la nariz. Apretujando las orillas de la mesa, escuchó con atención lo que decía su hermano.

—Ustedes fueron muy astutos de no tragarse el señuelo de la Iglesia de la Compañía —les dijo Siniestro Fulgor a los jóvenes detectives—. Fue un trabajo titánico llevar a cabo mi plan: trasladar las cajas con explosivos y municiones en un camión, conseguir el gas somnífero... todo iba perfecto hasta que ustedes me descubrieron. Ese fue el principio del fin. Y, claro, cuando a esa señora se le ocurrió treparse hasta la torre fue el golpe fatal.

—¿Sentiste compasión? —le preguntó Delfi, pero él se quedó callado. Entonces ella cambió de tema—. Dinos, si no fue por el tañido de las campanas, ¿por qué usaste la palabra «repicar»?

—Porque el sonido de los estallidos y balazos serían música para mis oídos —dijo con una expresión supuestamente graciosa—. Pero que esa epopeya mejor se las cuente el «bombero chico bueno».

El Capitán negaba con la cabeza mirando hacia abajo, pero luego levantó la vista y habló con voz firme y serena.

—No vas a lograr sacarme de quicio, ya comprendí tu estrategia. La voy a contar porque no voy a permitir que ensucies el nombre de la Quinta y porque los niños merecen conocer la historia de verdaderos héroes. El 7 de diciembre de 1873 un grupo de jóvenes estudiantes fundaron la Quinta Compañía de Bomberos de Santiago, Bomba “Arturo Prat” —comenzó diciendo con un orgullo que le salía del alma—. El 27 de enero de 1880 se produjo el brutal incendio del Cuartel de la Maestranza de la Artillería al lado del Parque Cousiño. Allí se almacenaba el armamento del Ejército de Chile para ser usado en la Guerra del Pacífico. Hubo una gran explosión inicial que generó un fuego extremadamente peligroso, que amenazaba no solo el arsenal, sino que la ciudad entera. Incluso los propios soldados en un principio quisieron impedir el ingreso de los bomberos por el riesgo de muerte que enfrentaban. Las llamas envolvían las cajas con granadas, pólvora y, literalmente, millones de tiros.

—¡Igual que en el atentado de hoy a tu cuartel, Ruperto! —exclamó Ismael.

—Exactamente, tal como lo recordó Nacho durante la faena —le respondió, luego dio un largo suspiro, apretó los labios y continuó—. En resumen, gracias a la valentía y habilidad de los bomberos de Santiago se pudo evitar una catástrofe colosal y también se logró salvar el armamento, que fue un factor importantísimo para ganar la guerra. La participación de nuestra compañía en esta hazaña

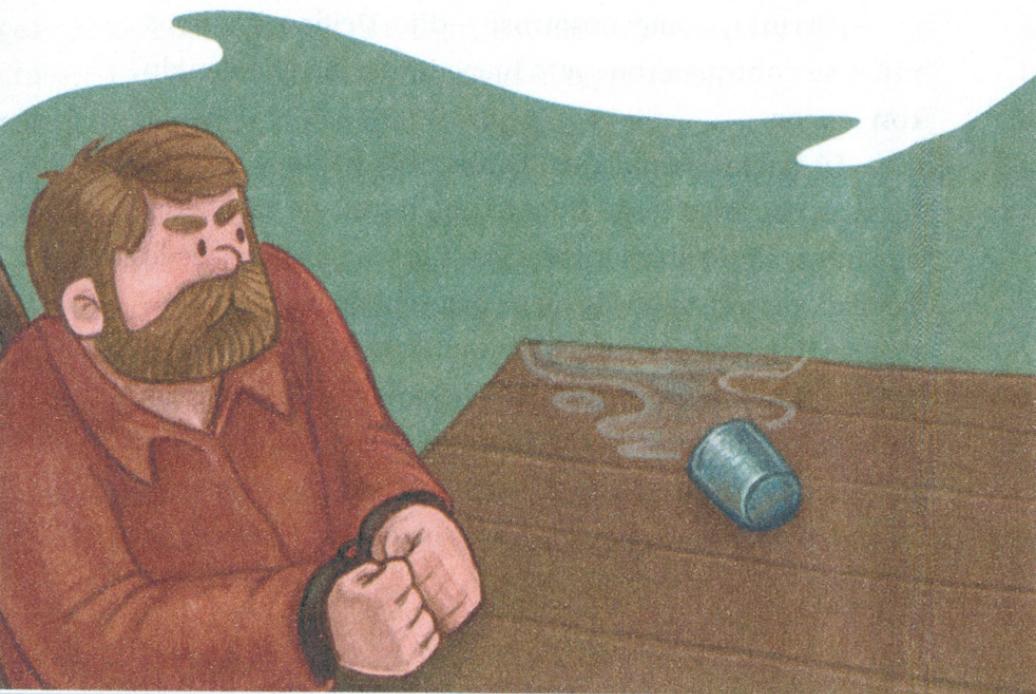
fue esencial y la marcó para siempre con el que se convirtió en nuestro grito de armas: «¡Nadie se mueva, firme la Quinta!» —entonces hizo una pausa con la respiración agitada—. En el mensaje que me mandaste escribiste eso de «la mala Compañía de los hermanos». En parte tienes razón, Flamberto, Siniestro o como te quieras llamar. Somos como hermanos, mucho más que tú y yo. Algunas veces nos une la sangre, otras no, pero siempre nos unen la lealtad y la confianza. Y si crees que nuestra bomba es mala es porque no tienes idea que la Quinta lleva más de 150 años bajo los principios de honor, trabajo, disciplina y compañerismo. Desde nuestro primer director, Jerónimo Urmeneta y nuestro primer Capitán, Carlos Rogers, han pasado generaciones de voluntarios que han querido servir a la comunidad frente a las emergencias, incluso hasta dar la vida, como nuestros mártires Augusto Salas Bravo, Máximo Humbser Zumarán y Rafael Urrutia Bunster.

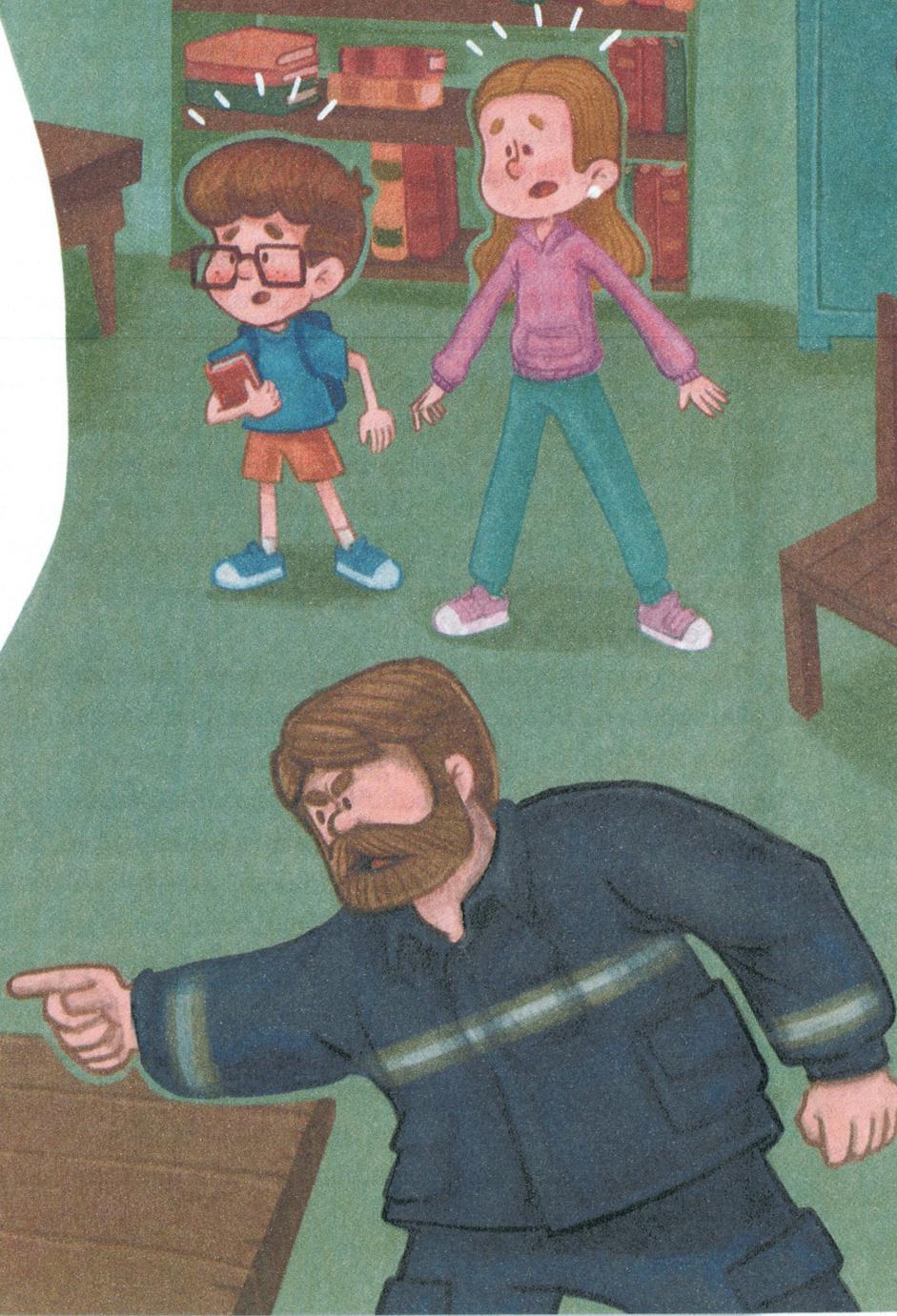
—¡Urrutia, como nosotros! —dijo Delfina y ambos niños se conmovieron, pero luego intervino el detenido con rencor.

—Tú hablas de valentía, heroísmo y honor y presentas esas patrañas como si fuera una novela de caballeros andantes, como si los matafuegos fuesen paladines de la bondad, pero se te olvida mencionar que incluso en el código de Hammurabi, escrito hace miles de años, aparece el castigo para los bomberos que robaban cosas de las casas de los damnificados. También se te olvida que en la época de Marco Licinio Craso extorsionaban a las pobres víctimas a cambio de dinero para apagar los incendios. También se

te olvida que los famosos Vigiles Urbani acataron las órdenes del emperador Nerón y fueron los culpables del Gran incendio de Roma, todo para que ese depravado se construyera su fastuosa Domus Aurea. Y se te olvida lo más importante... La razón por la cual yo quise transformar tu hogar en una hoguera, la que me motivó a querer ver arder el mundo entero —en ese momento levantó sus manos esposadas y apuntó a su mamá con el dedo índice—. Esa señora... Esa mujer cuyo marido falleció justamente en un siniestro y que podría haber elegido brillar con el fulgor de la compasión y la nobleza, pero prefirió lucirse con su primogénito bombero y abandonar a su hijo desdichado. ¡Vieja maldita!

Ruperto saltó de su silla y se abalanzó por sobre la mesa para pegarle un puñetazo en la cara a su hermano, pero la teniente lo agarró con todas sus fuerzas y logró detenerlo.





Entonces ella gritó: «¡Guardia, llévese al prisionero al calabozo!» y en el acto ingresó el gendarme y sacó rápidamente a Flamberto de la sala de interrogatorios. Doña Efluvia lloraba e Isma y Delfi trataban de consolarla. Entonces entraron los papás de los niños y los abrazaron. A pesar de la gran conmoción, los jóvenes detectives sentían alivio porque la pesadilla había terminado.

Después de varios minutos, un par de vasos de agua, respirar hondo por la nariz un montón de veces y hacerle mucho cariño a su perro Quintanilla, el Capitán de bomberos logró calmarse, le dio un beso a su mamá y se despidió de todos para regresar al cuartel a supervisar los últimos detalles del operativo posterior al incendio. Afortunadamente el daño había sido menor y las cajas con explosivos y municiones fueron retiradas para ponerlas en un lugar seguro.

Los apoderados Urrutia Lumbrera llevaron a sus hijos y a su vecina de vuelta al edificio y de inmediato el papá se puso a preparar sus legendarias hamburguesas de carne de ternera y tocino para subir los ánimos. A Delfina e Ismael los entrevistaron para la televisión y los felicitó el presidente de la Junta Nacional de Bomberos y también el General Director de Carabineros de Chile.

En la noche se juntaron todos y recibieron la sorprendente visita de la estupenda doctora, quien había viajado especialmente para saber cómo estaban sus nuevos amigos, lo cual a Ruperto le pareció estupendo. Ella les trajo longanizas sureñas de regalo, así que las echaron a la parrilla y las comieron de aperitivo, para después deleitarse

con las legendarias hamburguesas acompañadas con queso azul derretido, cebolla caramelizada y mermelada de pera. El bombero estaba de mucho mejor humor. Se había puesto de buenas con su mamá y acordaron tener una larga y honesta conversación al día siguiente. Además le encantó aquel banquete al estilo de Astérix porque acababa de descubrir que salvar su amado cuartel y enterarse de que tenía un gemelo malvado le daba un hambre voraz.

Cuando ya estaban en la sobremesa escucharon unos alaridos que venían del primer piso, entonces se asomaron por la ventana y vieron que se trataba de don Florentino Fugazi quien cantaba, voz en cuello, la célebre aria de la ópera *Rigoletto* de Giuseppe Verdi: «*La donna è mobile qual piuma al vento, muta d'accento e di pensiero*». El perro Quintanilla se puso a aullar para acompañarlo y doña Efluvia exclamó: «¡Qué horror, qué espanto, este hombre no tiene remedio!», pero partió corriendo a pintarse los labios y peinarse para recibir a su pretendiente, quien le traía un gran ramo de flores auténticas, no de plástico. El galán italiano les contó que había tenido una provechosa conversación con la señorita Enigma y los demás vanguardistas y que lo habían contratado como maestro heladero en la nueva sucursal de Paletas con Pataletas en Viña del Mar.

—¿Y ustedes, qué han pensado hacer ahora que son ricos y famosos? —les preguntó Ruperto a los niños.

—¡No lo hicimos por la plata! ¡Ni por hacernos conocidos! Ni siquiera teníamos idea de la recompensa —le

contestó Delfi molesta, pero en ese momento vio que su hermano le hacía señas para que controlara su carácter. Entonces se quedó callada un instante, respiró profundamente por la nariz como lo hacía su querido amigo bombero y luego habló con voz lo más amable que pudo—. Estamos muy contentos y agradecidos, pero lo que en verdad nos interesa es ayudar a las personas en problemas, en este caso a doña Efluvia, a ti y a todos los que sufrieron con los ataques de Siniestro Fulgor... o sea de Flamberto, tu hermano.



—Y nos han llegado muchísimas solicitudes para resolver misterios —agregó Isma—, incluso de otros países... ¡hasta de Europa! Así que la agencia «Detectives en llamas» tiene un futuro radiante.

—¿Así le pusieron a su huifa de inspectores privados, mijito? —intervino su anciana vecina—. Miren qué ingeniosos son estos niños. No digo yo que son unos genios chicos. Qué quiere que le diga, es harto buen nombre.

—Brillante —respondieron juntos los hermanos Urrutia Lumbrera.





## GLOSARIO

Estas palabras están en el sentido con el que se usan en el libro. Para la definición completa ¡están los maravillosos diccionarios!

**Abnegado:** que se sacrifica por los demás o por algo.

**Aguzado:** que tiene forma aguda.

**Asentir:** decir que sí, especialmente con la cabeza.

**Aseverar:** asegurar lo que se dice.

**Atolondrado:** que actúa sin pensar.

**Capitolina:** que está en el Capitolio, centro religioso de la antigua Roma.

**Dorso:** parte de atrás.

**Elucubrar:** elaborar pensamientos complicados y sin claridad.

**Entrever:** ver confusamente.

**Exasperado:** molesto, irritado.

**Frenesí:** delirio furioso del ánimo.

**Galimatías:** lenguaje confuso.

**Huifa:** cosa que no se conoce o no se entiende muy bien.

**Ignífugo:** que no se inflama.

**Implacable:** que no se puede disminuir, que no perdona.

**Incredulidad:** dificultad de creer algo.

**Jerigonza:** lenguaje difícil de entender.

**Mascullar:** pronunciar algo que apenas puede entenderse.

**Meticuloso:** que hace las cosas con mucho detalle y cuidado.

**Morrocotudo:** muy grande o extraordinario.

**Quintino:** voluntario de la Quinta Compañía de Bomberos de Santiago, Bomba "Arturo Prat".

**Riscar:** arrugar, agrietar.

**Telúrico:** que tiene que ver con temblores.

**Tizado:** manchado con humo.

**Tracalada:** gran cantidad.

**Trance:** estado de gran concentración espiritual o mental.

**Tugurio:** lugar de mal aspecto.

**Unísono:** que suena al mismo tiempo.

**Vislumbrar:** ver apenas, con dificultad.

**Vocear:** exclamar algo a viva voz.

**Vociferar:** hablar muy fuerte.

**Zangolotear:** mover rápido de un lado a otro.